

**Babel en ascensor
y otras crónicas**

Juan Manuel Granja

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles

Rector

María Teresa Uriarte Castañeda

Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán

Directora de Literatura

Edición: Carmina Estrada

Asistencia editorial: Mariana Hernández y Sol Aréchiga

Diseño y formación: María Luisa Martínez Passarge

1ª edición: 2012

Fecha de edición: noviembre de 2012

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán

C.P. 04510 México, Distrito Federal

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

D.R. © 2012, Juan Manuel Granja

ISBN: 978-607-02-3891-8

Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio sin la autorización escrita del
titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

Babel en ascensor y otras crónicas

Juan Manuel Granja

Textos de Difusión Cultural



Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

México, 2012

La hora de la sardina

No es viernes —día oficial del caos vehicular— pero son las cinco de la tarde del miércoles: hora de la sardina comunal. Tomo un bus Colón Camal y, de inmediato, sé que no estoy en un moderno transporte urbano. Esto es como una olla traqueteante, un mercado ambulante que atraviesa a cincuenta kilómetros por hora el alargado callejón que es la capital. Aquí el vendedor de chocolates es un payaso disfrazado, el mendigo, un cantante con voz de tarro y el pasajero, un ser obligado a sobrevivir al otro pasajero, un tipo envuelto por el olor añejado de un día entero de trabajo.

Primera parada, pero el bus no ha parado. Un ejecutivo con maletín estira el brazo, la inercia del bus lo ignora. Media cuadra más tarde, el controlador —tipo de aire dictatorial con bolígrafo en la oreja y celular en la mano— salta a registrar el tiempo de circulación en una

caseta. Enseguida una ola de gente me hace imposible comprender cómo pueden caber tantos en esta cápsula azul (¿por qué se desesperan por subir a este preciso bus?). Se escucha una voz por encima del *soundtrack* de bachata y tecnocumbia: “Guajaló, Congreso, El Trébol, Recreo, el Playón, a la Maríiiiiin.” Es el controlador, quien cierra su discurso con una magistral negación de la realidad: “Pase atrás, que está vacío.”

Sentarse nunca, llegar a tiempo jamás. Me conformo con mirar hacia afuera, sobre las cabezas de quienes van sentados y adormecidos, algunos se dejan caer sobre hombros desconocidos. Soy un espectador anónimo, pero la ciudad no llega a ser mi paisaje sino el tren visual de la señora que piensa en voz alta. Alguien se despierta —pronto se dará cuenta de que ha perdido su parada— gracias al radio del rapero que improvisa una letra: “Damita, caballero, no vengo a incomodarles. Salí de las calles, de la droga, saque esa moneda sin pena, sin temor, colabore con un joven creador...”

Antes de bajar, un anciano se santigua ante el altar del parabrisas que junta al Divino Niño y a la Inmaculada Concepción. Afuera, los vehículos atraviesan su propio purgatorio embotellado, al igual que las otras líneas de transporte, la misma historia en calles paralelas. Escucho las risas de unos niños que se han puesto a leer los grafitis de los respaldos: “Soy como el oso, feo pero sa-

broso”, “Chofer que pita, verga necesita”. Entonces, antes de salir de la lata y ser parte del cuadro callejero que otro pasajero estará ahora mirando, tarareo la rima que le faltó al rapero: “Si quieres conocer al pueblo ecuatoriano, súbete en un bus de servicio urbano.”

Hoja de vida de un mil oficios

Desde hacía más de un mes Hugo trataba de sentar cabeza. Consiguió el local, las máquinas, la carne y hasta la camioneta que se encargaría de traer el pan. Había dejado la Costa —once años en Chone le dieron esposa y tres hijos— para volver a Quito, al barrio de San Juan donde nació en el año 59. Incluso tenía en mente el letrero, esas letras rojas: Burger Haz Probar. “A uno le va mal cuando se vuelve bestia”, me dice Hugo. Pero no habla tanto de la fuga de gas o de la plancha para freír hamburguesas que se estampó contra el techo de su local. Ni siquiera sufre por las llamas que reventaron las ventanas y que casi vuelven humo su bigotazo zapatista, ése por el que lo apodan el Bigotes. “¡Heee, Bigotes!”, le dice un peatón, “preste los extintores que yo entro y le apago el fuego”. Ni cinco minutos y el tipo sale disparado, “¡permiso, permiso!” le grita a la gente amontonada frente al

incendio y se va de largo sin devolver los extintores de los carros que pararon para ayudar al Bigotes.

No, el “tipazo” del que habla el vecino con el que se toma un trago no es Hugo porque nunca es a Hugo a quien le dan un timbrazo cuando algún aparato eléctrico se daña, siempre es al Bigotes. Y es el Bigotes el que les abre la puerta a los alumnos del colegio de la Loma Grande, ese colegio que además es su casa porque es ahí donde duerme, donde arregla la copiadora cada vez que se traba, donde se levanta a preparar los hot dogs del recreo luego de darle una mirada al espejo, es decir, a sus bigotes. No, él no se lamenta al recordar cómo se le quemó el negocio a los tres días de inaugurado. Lo que le duele a don Hugo es la traición.

“Yo soy lápiz para la venta, al cliente no le aflojo... Por irme con esa tipa, por ponerme el local con ella y no con mi ñora es que me fue mal.” Hugo se lamenta cuando recuerda los “nueve años de vacile” con la otra, con la que un día decidió irse —dejando hogar y esposa— porque le había mentido que estaba embarazada. Fue ella la que le robó el traje de mariachi, los mil seiscientos dólares que se había ganado por tapizar un hotel de siete pisos y hasta el cofre de joyas que le dejó Eva, su madre, antes de morir. Fue por ella que sacó su trueno calibre 38 para pegarse el cañón largo en la cabeza y fue por toda esa depresión —“seis meses de claro en claro sin

dormir”— que su esposa lo recogió y lo perdonó. Ella lo puso frente al psicólogo y Hugo empezó por contarle que su padre lo abandonó junto a su madre y sus dos hermanos. Ahora dice que ha vuelto a ser lo que era, ese tipo “entrador y con verbo” que desde los cinco años tuvo que limpiar zapatos por la plaza Arenas, vender periódicos o habas confitadas, cuidar carros por la calle Guayaquil y, al final de la tarde, antes de entrar a dormirse a la escuela nocturna, pasar por algún chifa a ver si le regalaban unas sobras.

Hugo cumplió doce años entre clavos, tachuelas y grampas. La mamá le dijo que sí, que “entre nomás de aprendiz” donde el gringo de la Mueblería Europea. “Rápido, rápido” se hizo tapicero. A los dieciocho ya había abierto su propio taller: Mueblería Media Luna. “Yo por pendejo no tengo mis buenos almacenes... perdí el negocio, me gustó el póquer, las tragamonedas, el vicio.” Fue entonces que nació el Bigotes. Despechado, Hugo había jalado dedo sin rumbo. Llegó hasta Lima, se quedó sin soles —“no me daban trabajo, muy pobres los peruanos”— y decidió regresar. Pero ya no volvió al frío de Quito sino que llegó a Chone, donde le pagaban cinco veces más que en la Sierra por tapizar muebles. En medio de un baile —de ésos en los que un día conoció a su mujer— un tipo le dijo: “Déjese el bigote, compa, le puede lucir bien.” Pasó un mes y mientras paseaba su mos-

tacho la gente le preguntaba si se ponía abono: “Mierda de cuy es lo que uso para que crezca así, les decía por joder.”

En el patio del colegio Borja un par de señoras han pasado varias veces cerca de Hugo y al fin le piden tomarse una foto con ellas, es el día de las madres. El traje negro y el sombrero de charro son prestados, pero el nuevo integrante de Los Aztecas parece el único salido de la plaza Garibaldi. Hugo se unió a la tribu ambulante de los mariachis por un año entero. Su carisma de actor nato que le hace sacar el habladito mexicano sin esfuerzo fue más importante que la habilidad con el guitarrón a la hora de escogerlo y ganarse sus dos dólares por canción. Así se pasaba de miércoles a sábado hasta la madrugada: bajo el sombrero y entre trompetas oxidadas. “Mucho trago, mucha amanecida... A veces llegaba a las dos ya picado y me salía a comprar más trago.”

Hugo corta las palabras, habla tan rápido como se mueve. El Bigotes ha tenido que moverse rápido toda la vida. Siempre está moviendo el cuello, la cabeza, los ojos; sobre todo cuando recuerda alguna anécdota y su mirada adquiere ese brillo tenso antes de perderse. Pero Hugo nunca pierde la palabra, cada una de sus frases nace

decidida bajo su bigote que es como un corchete abierto que le señala el resto del cuerpo. Sólo una vez quedó inmovilizado. Un carro, un borracho por la plaza de Santo Domingo, le dejó quieta la pierna derecha por dos años y medio. “No; dos veces quedé quieto porque uno de los alumnos del colegio —dizque era Latin King— me robó las muletas. Cuando supe que fue él me le paré enfrente, no me dejé, y después de que encontré las muletas arriba en la puerta de la casa hasta de amigos quedamos.”

Hugo vive con su esposa en el segundo piso del colegio. El dormitorio y la cocina están separados por la sala donde viejos equipos eléctricos dejan ver sus cables sueltos entre peluches, calendarios y fotos. Para Hugo este refugio ya no significa alivio. Cada vez hay menos alumnos matriculados y si la cifra de los veinte inscritos para el siguiente periodo no aumenta, Hugo tendrá que buscar otro lugar. El puesto se lo cedió su cuñada, él aceptó porque en el colegio no paga arriendo y, además de dejarle tiempo para sus chauchas, se encarga del bar, algo que sabe hacer muy bien. Antes del local incendiado, Hugo tuvo otro negocio. Empanadas de verde o de viento, café y pinchos reemplazaron telas y sofás cuando el Bigotes tuvo que regresarse de Chone porque ya no había suficiente trabajo para los tapiceros (se vendía sólo lo que venía de almacén). Fue duro volver, pues también en Quito había perdido su clientela. Se armó de una

carreta a la que le puso pinchos y salió a venderlos afuera de los conciertos rocoleros o junto a algún colegio. Con trescientos cincuenta pinchos al día a mil sures cada uno fue ahorrando lo que necesitaba para inaugurar El Pincho Loco. Pasó un año de buenas ventas, pero el dueño le pidió el local aprovechando que Hugo ya lo había popularizado: “Venían en carro todos los días a llevarse diez, quince pinchos cada uno.”

El tipo más popular de la Loma Grande ahora se pone las gafas más modernas que encuentra y sale en su moto Yamaha de ochocientos dólares. Cuando quiso ser repartidor de Pollo Stav le asignaron la zona de Cumbayá y “como allá no conozco las direcciones mejor dejé nomás eso”. Por la calle lo reconocen. Fue protagonista de un video de las Naciones Unidas que transmitían por televisión en el que atentaba contra los bienes culturales al robarse una virgen de Legarda. Además, le pidieron salir en la serie de televisión *Pasado y Confeso*, así como actuar de capataz en una obra del Bicentenario. Su actual agenda de televisión espera una propaganda para una empresa de telefonía móvil que todavía no se concreta, pero que “ya ha de venir, al menos un celular nuevo sí me han de dar”.

El Bigotes no pierde la fe: “Yo nunca soy negativo, le juro que lo que yo hago se vende.” Pero para Hugo no todo es ganar plata, la prueba me la quiere dar con los tres

años seguidos que ha salido de cucurucho en Semana Santa. Quién sabe si sus amigos cachineros y sus mujeres —“con tres he estado así serio, a las demás ya les perdí la cuenta”— lo habrán visto sin saber que era él ese que seguía la procesión. Quizás hasta los abogados pensaban en el pecado mientras pasaba el encapuchado púrpura que hace algún tiempo les sacaba las copias. “En la oficina de esos abogados uno conoce de todo... hasta unos amigos de la Mama Lucha que me decían que cobran quinientos dólares por cortarle la cara (al estilo casimir, gabardina o poliéster) a cualquier enemigo que uno tenga.”

Mientras se fuma un cigarrillo, Hugo me dice que todo lo recuerda con cariño. Sonríe: de pequeño soñaba con ser piloto pero lo bajaron del avión al que había alcanzado a meterse. Con el mismo empuje de aquella vez que se salió de la casa para ir al aeropuerto “a jalar dedo”, el Bigotes ya está pensando en un restaurante de comida manabita que quiere abrir, “así toque o no salir del colegio”. Hugo está lejos de lo que obliga a muchos a trabajar en lo que no aman para así creer que serán amados. Él ama cada cosa que hace porque ama inventarse un nuevo Hugo a cada paso. Una especie de Cantinflas, un Condorito que en la siguiente página ya ha dejado de ser mesero y es oficinista. El teatro de cada día de un mil oficios como Hugo es el camino de la supervivencia,

y aunque él no ansíe ir hacia arriba y alcanzar “el poder del dinero”, siempre está avanzando, siempre. “Nadie se muere de hambre, hermano, sólo el vago”, me dice antes de subirse a la moto. A un conocido se le acaba de dañar una máquina de coser.

Babel en ascensor*

Treinta pisos hospedan a trescientos artistas de teatro de cuatro continentes. El ascensor del hotel donde se alojan los protagonistas del XII Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá, y los huéspedes de paso por la ciudad, es el espacio de la cercanía obligada. Una Babel donde todos —quienes trabajan en el escenario y quienes no— actúan.

* Texto producido a partir del taller de crónica “Las historias del Festival Iberoamericano de Teatro”, dictado en marzo de 2010 por el autor peruano Julio Villanueva Chang y organizado por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y el XII Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá.

Lukasz Kowalski entra al ascensor como un depredador devuelto a su jaula. Furioso, rechaza mis preguntas y mira su reloj. Kowalski no es Marlon Brando ni llegó para actuar en una obra de Tennessee Williams. El polaco de dos metros viajó a Bogotá desde Poznan para encarnar a una de las brujas de *Macbeth* sobre un par de zancos. Pero a las 7 am Shakespeare no existe. Para Kowalski sólo existe una resaca de whiskey que no le deja hablar, una mirada que parece buscar enemigos y unas manecillas que marcan la misma hora que su reloj de cocina en Polonia. Diez huéspedes del hotel Residencias Tequendama deben acomodarse alrededor de su corpulento malhumor —y de su olor a alcohol— hasta que el ascensor se abre como un telón en el cuarto piso. Primer acto: desayunar.

Es la hora pico, los timbrecitos metálicos se multiplican y el movimiento del elevador es un masaje indeciso que sube y baja por las vértebras. De los más de dos mil artistas que el Festival Iberoamericano de Teatro reúne en Bogotá, trescientos están hospedados en Residencias Tequendama. Para el ascensor de esta torre de treinta pisos convertida en un gran camerino, el *performance* que infringe la rutina de la ciudad por un par de semanas se resume en una palabra: kilogramos. A la caja de una sola velocidad patentada por la empresa estadounidense Otis no le interesa la dramaturgia ni la *mise-en-scène*. Actores, directores, promotores, técnicos, bailarines y cirqueros

de cuarenta países se resumen —para este esqueleto mecánico de poleas y circuitos— en carne, cuerpo, masa.

Me acerco a los organismos anónimos, me presento y pregunto. Si bien algunos me hablan sin responderme de verdad, y otros se muestran interesados, todos se sienten incómodos. La mayoría reacciona a mis preguntas con más de un tartamudeo: “Eeee... en inglés, por favor. No, no hablo español.” Y, aunque hablen castellano, aquí todos somos extranjeros. En el ascensor, hablar es una transgresión.

Je Wook Park —el coreano con pinta de punk— habla un inglés siempre en presente. Es documentalista, vino a filmar a la compañía de danza cómica Break Out y fuma cigarros azules. Me regala uno mientras bajamos al lobby y, ahora que salimos a la pequeña plaza frente al ventanal de ingreso al hotel, me resisto a mencionar a Kim Ki-duk. No quiero que sea recíproco y se ponga a *googlear* en su iPhone —o en su memoria— algún dato remoto del Ecuador... ¿A alguien se le habrá ocurrido traducir la obra de Jorge Icaza al coreano?

Jack —como se hace llamar en una contracción a la vez exagerada y práctica de Je Wook Park— prepara un filme sobre el entrenamiento de bailarines locales que serán parte de una gira de Break Out por el continente. Es su primer viaje a Sudamérica, le impresiona que en Colombia nunca nieve, que la audiencia sonría mucho

más que en Corea y que a las mujeres se les permita fumar en la calle. Un mensaje de texto —su musiquita estilo karaoke— le dice que el bus acaba de llegar. Se reúne con sus doce compañeros. Todos llevan la misma camiseta negra que en el escenario cambian por un vestuario a rayas parecido al de un preso. Y yo debo volver al área de dos por tres metros del ascensor, a la prisión intermitente.

Subo. Pienso que en lugar de escribir esta crónica podría montar cámaras secretas tras los espejos del ascensor —una sobre las cabezas, otra al fondo—, pero el resultado sería más aburrido que una película de Godard. Un tipo espigado de cerca de dos metros que lleva pelo largo y lentes de marco se sube en el cuarto piso. Esta vez tengo suerte, Pawel Szkotak no tiene mucho que ver con Godard pero sí con Polanski: los dos son polacos y ambos han versionado *Macbeth*. Szkotak es el director de la compañía Teatr Biuro y me invita a conversar en su habitación con una amabilidad que hace ver a Kowalski aún más rudimentario. Subimos al piso doce mientras me habla de las motocicletas, las plataformas de hierro y los trajes de cuero negro que metieron en un contenedor en Poznan con destino al festival de Bogotá.

“*Macbeth* es una gran metáfora de la guerra, Polonia fue uno de los territorios de la Segunda Guerra Mundial y Colombia sigue en guerra.” Szkotak no sabe que fue una llamada de Pablo Escobar a este mismo hotel la que per-

mitió que fuera rastreado y ejecutado a balazos en una terraza de Medellín (sus hijos y su mujer se encontraban en Residencias Tequendama escondidos de los enemigos del capo de la cocaína) y, sin embargo, habla como si lo supiera. Habla del pasado de Colombia y del pasado de Polonia con un dolor que suena sincero y, no obstante, en este momento, no puedo fijar mi mente en la guerra. Mi mirada titubea entre la cara puntiaguda de Szkotak y el caos de su cuarto, esa trinchera del actor nómada.

La habitación 1215 es como la tramoya de la rutina bogotana de Szkotak: una laptop en el piso, ropa usada que nunca volvió al clóset, copas de vino vacías y, sobre el cristal de la mesa, junto a una funda de ajiaico instantáneo, la libreta con anotaciones para una nueva obra. Me dice que el título es *Planet Lem*, que está inspirada en la literatura de Stanislaw Lem y que el protagonista es un hombre-robot del futuro que encuentra una supercomputadora con un curioso nombre: Dios.

Szkotak mira su reloj —recuerdo una vez más a Kowalski—, debe dirigir un ensayo. Suena el teléfono y pienso que pudo haber sido ese mismo aparato blanco y rectangular —como un ataúd— el que daba paso a las amenazas de muerte que recibía la familia de Escobar desde otras habitaciones de este mismo edificio. Vuelvo al ascensor, espero cinco minutos hasta que sus puertas de congelador de carne se abren.

—¿Baja?

—¿Otra vez usted, señor? —me dice una de las camareras del hotel.

Jarabe contra el acoso

Pedro no halló la pluma roja que buscaba en su mochila sino una superficie lisa que nunca antes había tocado: la de un pene de plástico. Cuando agarró el miembro de goma y lo sacó, aquella tarde de abril de 2009, la clase de inglés retumbó de risas. Guardarlo de nuevo sólo habría remarcado su vergüenza, hubiera sido como confesar que el dildo era suyo, así que lo arrojó hacia adelante sin percatarse de que los ojos de la profesora lo iban a cazar en un vistazo. Las risas ascendieron a carcajadas y Pedro fue llevado a la dirección. El pene, plantado en la mochila por dos compañeros de clase, quedó tirado en el piso.

Pedro Suárez es gordo, usa lentes, su mano es fofa y sudorosa, a sus catorce años aún no ha cambiado de voz. Lo imagino siguiendo cabizbajo el taconeo severo de la *teacher* Patricia, tal como lo veo caminar hacia mí en

la sala de su casa en Calderón, al extremo norte de Quito. Su voz, un hilo que se demora en desanudarse, se esfuerza por recrear los abusos de los *bullies*. Él no esperaba que la escena en la dirección fuera muy distinta a la que había soportado dos semanas antes. Unos compañeros habían desinflado las llantas del auto del profesor de matemáticas y lo inculparon. Ambos sabían que él no se defendería, hacía tiempo que había renunciado a defenderse. Lo que Pedro temía de verdad era la hora de salida.

Mientras subía al rectorado en el tercer piso, pensaba en el momento de tomar el bus y encontrarse de nuevo con los cabecillas del acoso: Miguel Narváez, el más alto de la clase, y Daniel Morales, el arquero de décimo de básica. La inseguridad le decía a Pedro que era mejor no denunciar a sus verdugos. Si los acusaba, como había intentado un mes atrás, temía que de nuevo pudieran darle un tablazo en la cabeza para filmarlo y subir la “proeza” a YouTube.

Pero en el bus escolar no había golpes, los golpes se reservaban para el patio del recreo —detrás del coliseo—, pues allí más compañeros podrían verlos exhibir su poder de humillación. Hubo ocasiones en las que un mensaje de Facebook marcaba la hora y el lugar de la golpiza; poner un “me gusta” al anuncio se volvió una forma de contabilizar la popularidad aliada a los acosadores. En el bus amarillo, la misión consistía en no dejar

que Pedro se moviera. Daniel se sentaba a un lado y Miguel oprimía a Pedro en el centro para bloquearle la salida. Con el arranque del motor arrancaba la tortura. De su baja estatura pasaban a burlarse de sus jeans apretados y, de ahí, lo apuñalaban, como dice Pedro a punto de llorar, “con insultos que me paralizaban”:

—¿Por qué no hablas con nadie?, ¿eres autista o retrasado?

—No es autista, es un maricón... una loca.

—Te vamos a matar, perro, hijueputa.

—Jaja sí, ahora digámosle perro, nada de Pedro, desde hoy te llamas perro.

—Perro, verás que nos tienes que tratar de usted, siempre de usted, mamaverga.

“Cuando te hacen cosas así crees que de verdad pasa algo malo contigo, que lo que eres no vale la pena”, se anima a decirme Pedro cuando Gina, su madre, secretaria de cincuenta y cinco años, deja la sala para ir a la cocina. Él no imaginaba que no estaba solo, que, según el INNFA (Instituto Nacional de la Niñez y la Familia), de los cinco millones de menores que viven en Ecuador, el 32% sufrió de acoso escolar en 2009. Sin embargo, como explica el psicólogo José Terán, es un secreto a voces la abundancia de casos invisibilizados por entidades educativas que temen perder prestigio. “Es más —añade José Terán, quien atiende a niños en su consultorio—

pocos códigos estudiantiles toman precauciones frente al *bullying*, todo queda en la expulsión o sanción del agresor y no hay prevención del acoso mediante normas o una mejor observación.”

La palabra “pene” nunca salió de la boca del director, cuenta Pedro. Pero sí llegó a decir: “¿Cómo es que te atreves a traer esa... cosa y lanzarla en plena clase?” Como de costumbre, Pedro no objetó el regaño. “Pedrito era un niño muy alegre —dice Gina—. Siempre fue gordito pero, a eso de los doce años, empezó a aumentar de peso. Fue poco a poco que se fue volviendo más retraído, ya no le llamaba la atención hacer amigos. A veces llegaba directo del colegio a encerrarse en su cuarto o pasaba toda la tarde viendo televisión... La primera vez que el director me llamó fue por el asunto de las llantas del profesor. Pedro no dijo nada en esa oficina.” La cara de Gina se enrojece, ya no reprime sus lágrimas: “Ya en la casa me dijo que había sido su culpa, que no es la primera vez que el director lo regañaba... Es increíble cómo el miedo hacía que siguiera encubriendo a los que le hicieron daño.”

Esa tarde de 2009, mientras subía al autobús, Pedro pisó la escalera de metal —su superficie como la de un espejo— y lamentó haber abierto una cuenta de Facebook. Además de su aspecto, el detonador de los maltratos había sido el inocente pasatiempo que digitó en su

perfil personal: “Me gusta: estar con amigos.” La frase lo hizo pasar, sin escalas, del gordito de la clase al gay acosado cibernéticamente.

“Lo que busca el agresor —dice el adolescentólogo Jorge Naranjo, quien trató a Pedro durante un año— es una aceptación a través de sus malos actos, el *bully* necesita de una audiencia. Por lo general vienen de hogares disfuncionales, como en el caso de Miguel y Daniel. Ambos tenían poca comunicación con la madre y un padre atormentador. De alguna forma buscaban retomar esa figura paterna.”

Apenas Silvia se sienta frente a mí en la cafetería del colegio (donde se me ha permitido conversar con ella a condición de que no revele el nombre del plantel), sus piernas ya quieren irse. Tiene dieciséis años, lo que menos desea es hablarme de Pedro. Una vez, a las 12:45 pm, hora del segundo recreo, ella fue testigo de una de las golpizas. “Sí, yo sabía que era el pato del curso, que todo el mundo le jodía y no, yo tampoco hice nada para defenderle... Es que tú no quieres que te rechacen y no vas a arriesgarte a que te aparten o te humillen. Ese día fue Daniel quien se le lanzó a puñetazos y le sacó sangre de la nariz.”

El trayecto en bus del colegio a la casa de Pedro dura una hora. Gina trae café, la cabeza del chico apoyada sobre el sofá me hace visualizar su llegada aquella tar-

de hace más de dos años. Estaba solo en casa y no quiso calentarse la comida. Prendió la computadora que sus padres apenas empleaban para contestar un par de *mails* a la semana. En su muro de Facebook encontró un link, hizo clic y fue a parar a una página de Mercado Libre con la imagen de un *french poodle* blanco: “Se vende perro gay, se llama Pedro Suárez.”

Del llanto sobre el sofá, pasó al baño de sus padres y abrió el gabinete detrás del espejo. “Sólo sabía que quería hacerme pedazos, así que me tomé dos frascos de jarabe de tos —dice Pedro en un susurro que taladra el pecho de su madre—.” Ella recuerda: “Cuando mi esposo y yo llegamos, lo encontramos tumbado boca abajo en el umbral del baño.”

Fue sólo después del intento de suicidio y de un mes de tratamiento psiquiátrico, que los padres supieron que era víctima de *bullying*. “Luego el doctor nos contó que el pobrecito temía que le crecieran senos por su gordura y que dudaba del tamaño de su pene. Tenía terror de volverse... homosexual”, dice la madre.

Al parecer, en su nuevo colegio Pedro está mejor. Tiene amigos, practica natación. Es el único de la clase que no tiene cuenta de Facebook. Aún lleva una cicatriz en la espalda; un corte que se dio en un pupitre durante una golpiza que no quiso detallar. Está a dieta y en Navidad le van a regalar lentes de contacto.

El agujero se llama Blues

Alicia da un paso más y caes por el agujero del conejo. Esta noche Alicia se llama Maricela —lleva un escotazo, una falda mínima—, el agujero se llama Blues y el desenfreno es el país de las maravillas. Bajas tres pisos hasta la discoteca que retumba desde hace veinte años bajo el abandonado Cine República. Acá, al amanecer de ro incandescente, llegan las cenizas de otras fiestas para arder de nuevo en fogonazos de rock o electrónica. Arranca el *after party*, quinientas personas *versus* un solo enemigo: el día, la rutina, la realidad... cualquier antónimo de Blues es válido.

Si la farra del viernes es un caos nocturno, éste es el centro del caos y en el centro del centro: mesas de vodka, aguardiente, un vinilo de Hendrix en la pared, Coca y ron o coca en el baño. Más allá, en la pista, los ojos son moscas pegadas al cuerpo de una mujer. Láser, neón, un

mar que ruge —como dice Aldo Rocco, dueño del local—
“a más de 10 000 vatios”.

Todo es muy rápido cuando has caído por el túnel: estás mirando la foto en la que Jagger saca la lengua y, de pronto, te has quedado sin dólares para emborracharte junto a Maricela. Pero ella se va, su taconeo es impredecible. Tendrías que seguirla y quitarle la llave del auto ahora que suena Beck y dos chicas te sonríen.

La una le dice a la otra “¿lo invitamos?”, la otra dice “sí”. No ha acabado la canción y ya tienes sobre la lengua la pastilla con el dibujo de un OVNI. Hace tiempo que han pasado las 2 am, el toque de queda. ¿Habrá un pacto con la ley? Es lo más probable: aquí encuentras niñas de dieciséis años o señoras de cuarenta. Ni hablar de los *dealers*: resulta que la pareja de chicas te ha cobrado veinte dólares por la pastillita de éxtasis. Te dejas secuestrar por la música y cantas aunque no hables inglés: “arraun da wor, arraun da woor”.

El eslogan del lugar quiere ser un mantra: “El Blues es todo”. Es *todo* porque aquí las chicas pagan la mitad, no hay sala VIP y si llegas temprano —sólo tú y tu reflejo en la barra— puedes tomar cuanto quieras hasta la medianoche. Pero incluso el Blues desfallece cuando llegan las 6 am. Duelen los pies, arden los ojos. Sales a la calle convertido en detector de taxis.

Los autos que a la entrada se agolpaban como colillas

en cenicero ya no existen. Te sientas, sientes la vereda fría y en tu mente ya no suena la música sino un disparo. No sabes de dónde viene hasta que recuerdas. Hace ocho meses, ahí mismo donde te encuentras, un tipo que salía del Blues, como tú, recibió un balazo en la cabeza. Los noticieros no dijeron nada. Fue un asunto de drogas.

Última noche de casino

Mal humor en la mesa de blackjack. Rutina de tintineos y ansia de tabaco entre las tragamonedas. Un coreano grita “¡yeah!” jugando al póquer. El espectáculo del azar que es el casino es un espectáculo verde: paño verde bajo las cartas, billetes verdes que hacen cosquillas en el bolsillo, té verde de cortesía, mentas gratis, limón colgado de los vasos donde hoy sólo hay gaseosa y antes había ron. “Verde que te quiero verde, pero en mi billetera.”

Cruzo el detector de metales del casino del Hotel Quito hacia las seis de la tarde y el guardia de traje negro y corbata roja exhibe una sonrisa forzada para decirme: “Bienvenido, caballero, mucha suerte, hoy hay sorteo de ‘martes loco’ a la medianoche, tenga un boleto.” No se esfuerza en esconder la mano con la que hace clic en un contador de metal parecido a un pequeño candado: soy un número más. Y él es una de las setenta personas del local que se quedarán sin trabajo a partir de diciembre.

Las nuevas leyes del país, definidas desde mayo por consulta popular, controlan los horarios de consumo de alcohol, no admiten fumar en espacios públicos cerrados y prohíben las salas de juego y los casinos. Esta edificación conectada al hotel —adornada con amplias columnas rectangulares y, en la pared, tortugas y leones geométricos— es también un negocio en vías de extinción. Su estilo azteca está recargado con neón —no podía ser de otra manera— y el caricaturesco lujo de Las Vegas, brillos de oropel. El Casino Quito se ha transformado en un oasis para los jugadores, aunque se vean obligados a salir a fumar al parqueadero y no puedan tomar las cervezas, el whiskey o el vodka gratis que desde junio ya no se ofrece más. De los treinta y dos casinos que operaban en Ecuador hasta septiembre, sólo la decena que corresponde a los hoteles de lujo seguirá funcionando hasta fin de año. Más de tres mil empleados han perdido su trabajo; ya no verán cómo otras personas más adineradas despilfarran sus sueldos por haber sacado un diez de trébol y no un as.

En cada apuesta veo un nuevo acto de esa misma tragedia titulada *La casa gana*. Como si emanara de la araña de oro y cristal colgada del techo —junto a las cámaras que filman cada jugada, cada moneda, cada carta— uno siente algo que contagia todo el cuerpo. No es preciso llamarlo ambición, es mejor llamarlo ilusión, la sed de dinero fácil. No hay que hacer más que sentarse en una de

las trece mesas, sacar un billete, dejarlo sobre el paño —pues no puede haber cruce de manos entre los empleados del casino y los clientes— y recibir las fichas amarillas y rojas que equivalen a uno y cinco dólares.

“Al casino no entran los ambiciosos, al casino no vienen los codiciosos, al casino entran los ilusos. Porque el casino, toda la idea de ganar en un casino, es pura ilusión”, me dice Alfredo Gómez. Este estudiante de publicidad de veinticinco años se indigna ante su propia actitud. Ha decidido que si llega a ganar, ésta será su última noche de casino. “Empecé a jugar hace dos meses, he perdido setecientos dólares, hoy traje trescientos para jugar póquer, si logro hacer quinientos, me retiro para siempre. Sé que ponerse a jugar haciendo cálculos y poniéndose condiciones es estúpido, pero tengo que recuperar algo.” Su voz no suena a una promesa sino a una oración.

En el lugar conviven dos mundos paralelos. El del póquer, la ruleta y el blackjack —un mundo de fichas de plástico y música anglo de los ochenta— y, separado por un gran umbral coronado con luces verdes, el mundo de las máquinas. Aquí todo es más monótono y más maniático. Frente a los aparatos se sientan quienes prefieren no ver la cara de un ser humano que baraja cartas o lanza la bolita. Monedas, palancas (o botones luminosos: la tecnología ha disminuido el esfuerzo físico del apostador al máximo), sandías o cofres de oro que dan vueltas,

musiquita digital, tazas de café y señoras cincuentonas que no paran de engordar la máquina que está programada para ganar.

La monotonía de las figuras bailarinas que llenan las pantallas sólo se rompe cuando “se abre el juego”, es decir, cuando en la máquina de la película *Alien*, por ejemplo, se puede matar extraterrestres pegándoles con el índice directo a la pantalla o cuando en la de los piratas se sigue el mapa para llegar al gran tesoro de doscientos dólares. De pronto, me siento pesimista al descubrir en los jugadores de máquinas los mismos movimientos del oficinista plantado frente al computador que parece instalado para consumirle la vida: mirada en picada, brazos al frente, tensión en la espalda.

El jefe de mesas camina por la zona de cartas como en un constante sobrevuelo. Ahora saluda al arquitecto —bajito y de pelo hasta el hombro— que se sienta junto a mí y se apodera de dos casilleros de blackjack. El *dealer* reparte, el arquitecto dobla la apuesta y cuando sus dos juegos suman veinte y veintiuno da un salto y grita señalándose la cabeza: “¡Ésta es una computadora, una computadora carajo, qué bestia lo que es la inteligencia, todo ya venía calculando, todo!” Ya se ha llevado sesenta dólares en un solo pase pero cree que va a seguir ganando. Incluso, luego de una hora, cuando ya ha perdido casi trescientos, saca veinte más y dice: “ésta es la última de

los mohicanos”. El *croupier* reparte, el arquitecto pierde, la chica de rizos pierde su primera apuesta, yo pierdo quince. El mecanismo es de lo más pedestre, un mecanismo binario: uno apuesta, la casa gana; cero y uno.

En la caja, las tres columnas de fichas verdes de un jugador de ruleta se convierten en un fajo que suma mil dólares. “Tal vez ahora que van a cerrar los casinos, ahora que ya casi es prohibido, sea más divertido jugar”, dice el cajero que espera encontrar trabajo en algún hotel luego de que acabe el negocio. “Dicen que este casino es de un talibán —ríe—, o sea de un árabe, pero nunca lo hemos visto por aquí, él sólo arrienda el sitio al hotel y controla la plata.”

Imagino una gran bolsa con billetes y recuerdo haber leído que Ricardo Patiño, el canciller del Ecuador, criticó a los casinos como “ambientes favorables y propicios para el lavado de dinero”. En cambio, según Jorge Castro, gerente de Casino Plaza (otro de los más grandes de la capital), “los casinos legalmente constituidos aportan doce millones de dólares anuales a las arcas públicas del país”.

De repente, me distraen las anfitrionas en minifalda que entregan cupones para los sorteos que se hacen cada dos horas. El señor calvo y gordo que sólo apuesta con fichas de veinticinco las sigue con la mirada, ahora saca un cheque de seiscientos dólares y, en menos de una hora, vuelve a arrancar otro papelito de su chequera. Se trata

de un cliente privilegiado. El único al que le sirven una hamburguesa con papas fritas mientras intenta sumar veintiuno sentado en la mesa de blackjack junto a mozalbetes a los que máximo les sirven una Coca-Cola, un té helado o, si ya han apostado más de veinte dólares, un sándwich de queso. Es hora del bufet de bocaditos alrededor del bar: mini brochetas de carne y salchicha, empanaditas, alas de pollo, pequeños pasteles y galletas.

Los meseros recorren una y otra vez el amplio salón alfombrado del casino y recogen los platillos del bufet que se han desperdigado entre máquinas y mesas. Ellos, que se distinguen de los *dealers* por su chaleco rojo, trabajan de 2 pm a 10 pm, al siguiente día de 6 pm a 2 am y el subsiguiente de 10 pm a 6 am: el capricho del juego rige sus horas de sueño.

Ciertamente, hay clientes que prefieren jugar a dormir. Sobre la entrada lateral del casino, la que da al hotel, hay un letrero de letras pequeñas: “Los juegos de azar pueden perjudicar su salud.” Todos despiertan de sus hipnóticas apuestas cuando la voz impostada de una de las anfitrionas anuncia el sorteo de media noche: “Llene los boletos con sus datos y dépositelos en el ánfora: mínimo garantizado de doscientos dólares y un premio mayor de cuatro mil.” Una mesera me trae un expreso y lo deposita en una de las mesas cerca del escenario, lejos de las mesas de póquer. Me pregunta si me quedaré

para el sorteo: “Si gana y no está aquí a esa hora, pierde su premio.”

Miro mi boleto con poca fe y, luego de depositarlo en el ánfora junto a las ruletas, entro al baño. Me detengo frente a los amplios espejos, imagino mi figura filmada a través de la superficie y reproducida en algún monitor oculto. Abro mi billetera, he perdido setenta dólares en blackjack, no sé jugar póquer pero intuyo que si supiera hacerlo, esa cifra negativa sería mucho mayor.

Apenas salgo, anuncian a la ganadora del sorteo. Una señora gorda y con el pelo teñido de un rubio Pac-Man da saltos y abraza al tipo que jugaba en la máquina vecina. Hace una hora ni siquiera se conocían pero ella le estampa un beso en la boca. Pienso que si yo hubiera ganado los cuatrocientos dólares, sólo habría recibido el premio con una sonrisa y un “hasta nunca” en la mente, pero nunca se sabe.

A la salida del casino evito la mirada del guardia, siento como si alguien me hubiera robado. Me limpio la boca por reflejo, como si yo fuera a quien le dieron el beso. Seguramente no volveré; este casino se convertirá el próximo año, según dice un empleado del hotel, en uno de los gimnasios de la cadena Total Gym. En la acera me encuentro con Alfredo Gómez, el universitario que se ahorró trescientos dólares de farras y hamburguesas para jugar esta noche y perdió todo, incluido su celular, que

dejó en prenda. Lo noto tan crispado —su cuerpo es un alambre de alta tensión— que no me queda más remedio que invitarlo a subir a mi taxi para llevarlo hasta su casa.

PJ, el purgatorio

Violar la ley a las siete de la noche de un lunes puede volverse un embrollo burocrático. Tras las rejas heladas que abren la Jefatura Provincial de la Policía Judicial de Pichincha (PJ), a un lado de la entrada del edificio de doce pisos, las mujeres policía son una fila de secretarias armadas y con chaleco amarillo fluorescente. Ellas digitan setenta y cinco denuncias al día, el resto del edificio las procesa: la PJ es el purgatorio entre la fechoría y el castigo. Mecánicas, como las grabaciones de voz de un banco, preguntan por la estatura y el acento de los agresores. A un ex militar sin dientes delanteros le han robado su Kia 2005 con un revólver y a Karen se le han llevado el dinero de su local de DVDs piratas: “fui a recogerle a mi hija al bus, cuestión de dos cuadras, señorita”, dice. La oficial evita el rostro exasperado, baja la mirada al teclado y escribe: Hurto.

El trasteo de teclas se detiene. Afuera hay un zarandeo de rejas, un repentino tumulto en la acera bordeada por motos y patrullas. Azucena Mayorga, maciza y morena, se suelta del policía que la sujeta y se lanza sobre Nancy Dueñas, quien también es vendedora de chicles. De un mordisco le lastima el pulgar y se llena la boca de la sangre de su rival. Meterse en un bus que le correspondía para la venta fue, según Azucena, la falta de Nancy. Ambas están fichadas por armar escándalo en la calle.

El defensor público Juan Garcés se ocupa del caso con aire de profesor de primaria. Atraviesa la sala donde unas cuarenta personas —acusadores, acusados y familiares— esperan el dictamen del juez. El traje y la corbata del defensor lo apartan del gentío que viste camisetas gastadas o suéteres de lana. “Ustedes no deberían estar aquí —les dice a Nancy y Azucena—, ustedes trabajan, acá les traen a los que matan, a los ladrones.” La vergüenza y la fatiga, más que la intervención del defensor, zanján el asunto: firman un juramento para evitar las riñas y Nancy le paga quince dólares a Azucena.

Garcés —quien contesta su celular y dice “mi amor, ¿vas a traerme cafecito?”— baja al primer piso y saluda a Santiago Cobo, un juez rollizo y con chiva. Un camerunés ha sido hallado con pasaporte falso en el aeropuerto. Marta, policía de veintidós años con apenas un mes en la institución, custodia al negro de casi dos metros de

estatura y le dice al juez: “el problema es que está detenido desde el sábado”. “Pero si sólo se puede privar de su libertad a un sospechoso por veinticuatro horas”, responde Cobo. En veinte minutos se instala la sesión. Mientras el africano Serge Sauvet se sienta junto al abogado estatal y trata de entenderlo todo con su escaso español, la secretaria y el fiscal hacen bromas acerca de la merienda: “ya es horita —dice ella—, acabará rápido don Cobo que ya hace hambre”.

Fue en ese mismo estrado donde el juez fue llamado “Dios”. Hace más de un año, un esquizofrénico de veinte años había asesinado a su madre ahorcándola con un alambre. En pleno tribunal empezó a gritar: “Dios perdona todo, Dios es amor... ¡Usted es Dios!” Luego de señalar con su índice al juez Cobo, quiso escaparse del salón a la fuerza. Seis policías no fueron suficientes para detenerlo hasta que lograron sedarlo con una inyección al cuello.

Esta vez, la decisión del juez es liberar al camerunés pero lo compromete a presentarse cuando se lo llame a juicio en cuarenta y ocho horas. El abogado defensor lo acompaña a cruzar las rejas de salida y le recomienda un hospedaje cercano. En ese momento pasa junto al salón una señora con una tarrina humeante de fritada. Se dirige al calabozo; su marido ha sido detenido al presentarse a sacar su récord policial. La joven que había dejado em-

barazada hace tres años en Cuenca le puso una denuncia sin que él se enterara.

En el subsuelo —amplio como un frigorífico para reses crudas— todas las luces permanecen prendidas. El olor a orina niega la aparente limpieza del lugar. De las cuatro celdas, una se ha convertido en bodega de llantas, otras dos permanecen vacías y en la del centro está el único prisionero de la noche. Descalzo, sobre una silla de plástico junto a la puerta de rejas, intenta distraerse con el sonido del televisor que centellea frente al escritorio del guardia. Pero el resumen de un partido de fútbol es poca cosa frente al festín de carne de cerdo y un litro de Fanta.

Entre las rejas, Miguel Suárez —costeño de treinta y siete años— parece un niño arrepentido. Cuando lo encerraron, hace cinco días, no le preocuparon tanto las manchas de sangre sobre la pared —brochazos de un rojo oscurecido— como la falta de cobijas. Las celdas dan a una especie de patio abierto por donde se cuele el aire frío: “es como respirar niebla del páramo”, dice Miguel, acostumbrado al sol de la provincia de Manabí donde cosechaba caña. Ha tenido que esperar enjaulado porque el oficial encargado de su caso está de vacaciones.

El guardia Carlos Chipantiza mira al prisionero mordisquear su fritada y se contagia de hambre. En la PJ, los policías comen a deshoras y donde pueden, igual que el resto del personal. “Algunos meriendan en su ca-

sa —dice Chipantiza— antes del turno que va de 7 pm a 7 am, otros piden un chaulafán o un pollo como a las 10 pm o cuando no hay mucho que hacer.” Carlos ha aprovechado su amistad con uno de los agentes de patrulla, en unos minutos le traerán el sándwich cubano que venden en el minimarket de una gasolinera.

Son las 11:33 pm; ciento cincuenta y dos acusadores y acusados han pasado hoy por la PJ. Mientras Carlos da el primer mordisco, le cuentan del sicario adolescente que acaban de traer. El colombiano de diecinueve años que cruza la puerta esposado, agarrado de los brazos por dos policías, más uno que lo empuja por la espalda, mira al teniente Espinel con una atención venenosa. “¡Maté a ese huevón y qué pues, hijueputas!”, dice. Espinel no responde, es más, ajusta su mano alrededor de la pistola Glock 9 mm que cuelga de su cinturón, retira la mirada y ordena que lo conduzcan a la Sala de Audiencias de Delitos Flagrantes.

El juzgado demora menos de media hora en emitir su sentencia, pues Wilson Cardona lo ha confesado todo: disparó al auto de Roberto Mena en plena Avenida Occidental; el tiro en la cabeza acabó con su vida de inmediato. Se acercan las 12 am y cualquier nuevo caso que se presente a esa hora se lo aplaza para la mañana. A la 1 am se cierran todas las oficinas de la PJ, menos la de denuncias que trabaja veinticuatro horas. En las bocas

de los policías, que hace un par de horas exhibían su energía yendo de un lado al otro en sus botas negras, se asoman los bostezos. Cardona, quien había cobrado doscientos dólares antes de disparar y se disponía a recibir doscientos cincuenta más el jueves, es sacado de la PJ por tres policías que lo conducen al CDP (Centro de Detención Provisional). Ellos caminan aletargados pero el sicario está inquieto, sus ojos no se fijan en el balde de la patrulla a la que lo suben. Quizá aún siente el arma caliente en sus manos o aún la sangre enrojeciendo el parabrisas.

Se enciende el motor y otros dos agentes atraviesan las rejas con una pareja de indigentes: un barbudo de cincuenta y cinco años y su señora envuelta en un chal negro y deshilachado. Son lo que en la jerga policial llaman RC o “rateros conocidos”. Han abierto el baúl de un auto estacionado en la Mariscal para robarse un paquete de salchichas. El cabo Andrade les dice que tal vez les den treinta días en la cárcel; es la primera vez que Zoila irá a prisión. Mientras bajan al calabozo, y esperan la sentencia de las 8 am, se escucha la voz resquebrajada del mendigo:

—Mija, al menos ya tenemos comida y cama unas semanitas.

Los Tropicales del Caribe*

¡Apagá todo que ya sube la papayera!

Para entrar a Deluxe, para subir, sigo a Orlando Echeverría. Las luces apagadas y la ausencia repentina de altoparlantes —o reggaetón— me confunden con uno de ellos. Soy, por la breve gracia del anonimato, el cuarto miembro de la papayera.

Papayera es como se llama al alboroto que los músicos de la costa atlántica colombiana, con sus gaitas y tambores, causan en las fiestas. Alguna comodidad de la urbe

*Crónica seleccionada por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano para el libro *¡Que viva la fiesta!* (Bogotá, 2009). El texto fue producido a partir del taller de crónica cultural en la Feria de las Flores dictado por el autor y periodista argentino Martín Caparrós y organizado por la FNPI.

ha logrado que los vallenateros como Orlando y los suyos —esa bullanga que hoy va uniformada de blanco repartiendo rumba— sean también una papayera. Deluxe, a esta hora de la madrugada, está lejos de ser un lugar fijo y preciso con no sé cuántas mesas y no sé cuántos vasos sobre las mesas. La discoteca es un puro presente de vértigo noctámbulo: faldas cortadas por el calor, risas que reencarnan en risas, rostros en el espejo de las botellas, nalgas y tetas diseñadas para mirones profesionales. Nos refugiamos en la fiesta a unas cuantas cuadras de El Poblado y su Parque Lleras, la zona rosa donde ricachos, riquitos y no tan ricos aún siguen al acecho o van de la mano de pelinegras o monas —rubias, rubísimas— que por ahora sólo quieren rumbear, rumbear y rumbear. Mañana es jueves y, claro, se trabaja. Aunque sea la semana festiva de inicios de agosto y la más rumbera del año, los paisas, como si obedecieran a una ética protestante que crece en los árboles del trópico, no paran de trabajar.

A sus sesenta y siete años Orlando aún se empeña en ser invisible, en lograr que nadie sepa que los Tropicales del Caribe han llegado. La papayera debe ser escuchada antes que vista, es la ley de la sorpresa, la ley de la noche. Tras Orlando, el guacharaquero, escondidos en el silencio de sus instrumentos, suben Ascención González, cantor y cajero, y Diego Vera abrazado a su acordeón. Han pasado seis horas y media de espera, y más de veinte años de

parrandas a domicilio, desde que pararon en la esquina de la carrera 70 con avenida San Juan a ver si llegaba algún carro. A lo mejor se repite una llamada como la que alguna vez los llevó a cantarle vallenatos a la hija del archimillonario Ardila Lulle, que salió a festejar sus quince años, “muy bonita la pelada” en una silla de ruedas. O quizás consiguen algo más modesto, “una moña, un contrato”, para sumarle al menos doscientas barras a la bolsa aún vacía de la noche. “Acá en Medellín la gente es muy rumbera”, me dice el guacharaquero, seguro de que el gentío que ha llegado de todos lados a la Feria de las Flores comparte su más firme creencia: “Fiesta que no lleve papayera no es fiesta”.

Hoy la papayera son sólo tres. Aunque Orlando acostumbró acompañarse también de bajo y tumbadora para salir a tocar, hoy sólo son los tres. Y no sólo salen y tocan y se van, porque de paso se dan una y otra vuelta y reparten unas tarjetas amarillas donde se leen tres números de celular, un *e-mail*, un “atendemos las 24 horas” y, pegado al dedo que las sostiene, un “artistas de Radio, Prensa y TV”. Si bien Orlando, Ascensión y Diego no se hicieron músicos para vivir así, viven así para seguir siendo músicos. Los tres acabaron en esto imitando al hermano mayor o a aquel amigo también mayor que dejó de tocar antes de que todo se convirtiera en dormir de día, pelear el precio, merodear por la 70 o seguir los pasos de

las amigas más entusiastas de un tipo al que le llevan, en secreto, un *happy birthday* con acordeón.

—Tienen que lucirse niños —dice la mujer tras el volante cuando subimos al jeep.

Luego de acordar la tarifa de doscientos mil pesos por una hora de vallenatos, avanzamos una cuadra y ella precisa:

—Soy Natalia, soy abogada, acá mi amiga Viviana es contadora, nuestro parcerero, Wadi, cumple treinta y ocho añitos.

—Para hacerle bien bien la vuelta tiene que pagarnos más —responde Orlando.

—Hágale con lo que le dimos, que nos encontró con los pantalones abajo, no hay mucho billete.

—No diga eso que hubiera estado bueno encontrarlas en ésas —sigue Orlando mientras se inclina para verlas mejor.

Las risotadas no evitan que Natalia vaya tan rápido como puede y puede ir muy rápido porque son cerca de las dos de la mañana. Pegado al vidrio del carro, la ciudad parece un pesebre de Navidad con sus casas empujadas en las montañas. Tras las ventanas iluminadas se ve la gente que baila, pero hay más personas que bailan frente a los tablados donde la Feria pone músicos y fiesta. Una vez más compruebo que afuera siempre hay más mujeres que hombres —muchas más— y muy hermosas.

Le pregunto a Orlando, que va a mi lado apretujado entre guacharaca y vallenateros, si la cosa es siempre así, si cada vez que salen deben dar una prueba, como tocar partecitas de canciones antes de treparse al auto o, si es que están cinco, antes de llamar al taxi y seguir al auto.

—“Somos como putas”, me decía una vez un compa, a ellas primero las miran de arriba a abajo para subirlas al carro; a nosotros antes de nada nos escuchan y si andamos afinados, antes de media canción ya estamos andando pa’la fiesta a meterle rumba vallenata.

—Muchachos, cuando acabe todo les damos para un taxi o los regresamos a la 70 en el carro, allá arreglamos, ¿listo? —dice Natalia.

—Uy, señora, si nos da para un taxi ya tenemos carro propio pa’volver pues.

Natalia responde a la broma de Ascensión con un frenazo y una curva cerrada para al fin estacionarse a una buena distancia de la entrada. Viviana es la primera en sacar su celular:

—¡Apagá todo que ya sube la papayera!

La chiva en el aire

Medellín, miércoles a las siete de la noche, carrera 70 con San Juan. Llego a la esquina —olor de humo de mo-

tor, motor de suelo irregular— y ellos me creen su primer cliente. “Locombiano, sí, gracias a Dios soy colombiano”, me dice el taxista en su demostración del orgullo paisa para extranjeros. Los encuentro tras una parada de autobús y se parecen a lo que busco, a lo que creo buscar: el remate de la Feria, esos seres ambulantes que esperan en una esquina para volver a encender la mecha de la rumba cuando se han apagado las luces. No hay demora en escoger al portavoz, nadie tiene que decidir por él ahora que da un paso al frente. Orlando, su cara ancha, su caminado rápido que no le deja levantar mucho las piernas, esas piernas que lo hacen un señor bajito y que son capaces de esperar, como hicieron hoy, de siete a una y treinta hasta que llegó el jeep rojo, lo acercan hasta mí. Al escuchar su voz entre bocinas y bostezos de acordeón se me ocurre que recordar lo que me dice será difícil, se entromete su bigote de Tin Tan colombiano, su lenguaje dicharachero, ese humor callejero y costeño: “Pasé diez años por la Universidad de Bolívar, todas las mañanas que iba a comprar leche pasaba por toda la acera de la Universidad.” Y él sigue. Y sus chistes y su canturreo y su soltura hablan de esa alegría suya y para los suyos que se sostiene en la fe, fe en el trabajo diario o, mejor dicho, nocturno, ese por el que Orlando le agradece al cielo: “Mi trabajo me lo bendijo Dios, siempre me ha ido muy bien y nunca he tenido que trabajar por cuenta de otro.” Me pregunto si será

oro, el oro que extraen de los cerros de Antioquia, el departamento del cual Medellín es la ciudad principal, lo que sostiene la cruz esmeralda que cuelga de su cuello. “¡Songo sorongo ya ve, songo sorongo ritmo movido!”, canta Orlando. “Todos me dicen Echeverría”, dice con esa voz reseca con la que se presentó con su guacharaca y su trinche a Rafael Cabezas, quien se encargó de sacarlo de Cartagena y traerlo a Medellín para grabar “a ver, uno dos tres cuatro, sí, cuatro *longplays*”.

—Yo vine a Medellín y tres meses después estuve a poco de irme para siempre. Una balacera ahí mismo en la gasolinera de la esquina. Unos motorizados que pasan y le disparan a un bus que cargaba combustible. Sacaron un muerto y dos heridos. Ahí fue cuando dije: “Me regreso pa’ mi Cartagena, mañana mismo me voy.” Al siguiente día tomé un taxi para comprar el tiquete y el conductor me dice que me amañe, que no pasa nada, que si usted no se mete con nadie, que esa gente quiere a los costefños, que o si no los taxis no trabajarían hasta tan tarde. Así, dimos media vuelta y regresé con mi guacharaca —Orlando saca las fotos de sus hijos, todos nacidos en Medellín, de un bolsillo secreto pegado a su costilla y continúa—. Ese taxista me convenció, ni siquiera sé cómo se llamaba pero le agradezco con toda el alma. Acá vivo bien, me sentí muy rápido como un paisa, mi vida ha sido chévere, muy chévere.

Sobre la acera, las letras verdes de un cartel definen el orden de salida de los conjuntos vallenatos. Detengo la mirada en una de las fotos que me muestra Orlando, en ella reconozco la similitud que guarda con cada uno de sus treinta y seis hijos, esos que ha tenido con catorce mujeres distintas. En la primera lucen un uniforme con los colores de la bandera colombiana; paso a otra foto, camisas con llamas y, de nuevo, guayaberas. Freddy Orlando, Orlando Jesús, Elkin Orlando, Misael Orlando, Óscar Orlando sonríen tras una caja, una tumbadora, un acordeón.

—Los cinco más pequeños viven conmigo en el barrio Belencito —dice—. Acá a cinco minutos de la 70, a las tres cuadras vive la otra mamá con otros seis pelados míos.

Por las fotos parece que ninguno de sus hijos —todos varones— le hace a la guacharaca.

—Aquella vez apareció una muchacha de traje negro, nos llevó pa'la sala de velación y nos puso frente al ataúd —me dice Diego Vera, cambiando de tema—. Con un solo micrófono los cinco tocamos lo que nos contó que al difunto le gustaba: “Dime pajarito ¿por qué hoy estás triste?”. Al pajarito lo habían bajado de tres tiros... pero es que ésa es la música que dura, toque usted “Alicia adorada”, “La hamaca grande”, toda la música de Alejo Durán, toda esa vaina vieja a la gente le encanta, lo nuevo no suena más de dos meses.

Me lo imagino con su sombrero vueltaio y su Hohner de dos millones ochocientos mil pesos, aunque sea difícil entender cómo sepultó el dolor en su acordeón, cuando perdió a sus hijos en los años del terror:

—Uno por andar de curioso en una balacera, otro por meterse con una señora casada.

Diego no para de mover los dedos, esos por los cuales Orlando lo llama una eminencia: “Don Diego, que además es de los pocos acordeoneros paisas que conozco, toca fandango, cumbia, porro, merengue y hasta tango.”

—Mis hijos menores, en cambio, es como si vivieran en otra ciudad, trabajan, van a la universidad —dice la eminencia paisa del acordeón—. La Receta Vallenata se llamaba mi otro conjunto, el consultorio era aquí mismo y de acuerdo a la enfermedad del paciente le recetábamos un vallenato, un paseo o hasta un ron.

—No, Diego, no diga eso que el ron pa’las vainas sentimentales es un mal consejero —remata Orlando.

Su otro hijo es el acordeón. Diego no pudo tener uno propio hasta que el coronel Moure decidió que el batallón donde prestó servicio por veinticuatro meses necesitaba un acordeonero para los eventos oficiales. Desde entonces, además de formar algunos discípulos, Diego no ha hecho sino buscar a los que quieran rumbearse su sonido, como en este miércoles que inicia —para él como para Orlando y Ascención— a las siete de la noche.

—Qué vaina —dice Diego Vera—, el viernes hay que levantarse temprano y darse una vuelta por el desfile.

—Hemos tocado para militares, traquetos y monjas, para gente empresaria y parranderos de toda monta. En la Feria hay mucha chiva y nos suben y nos llevan a tocar por todas partes —me cuenta Orlando.

Son como arrieros, me digo, el desfile de estos músicos ambulantes no es precisamente como el del acto principal de la Feria de las Flores pero de alguna forma se parece a la hilera de silleteros que cargan la fertilidad de la tierra sobre sus espaldas. Flores que sudan el *spray* del color de una gaseosa o que forman el logotipo de un banco, flores cultivadas en la montaña, arriba en Santa Elena; flores blancas y amarillas pintando el huevo frito de una bandeja paisa o la silleta en memoria de un Michael Jackson, su rostro de pétalos blanqueados. Quien las cuente hallará más flores que las que adornan las tumbas de la violencia. Los silleteros las cargan con orgullo, como la papayera que sigue cargando sus instrumentos. Los Tropicales del Caribe, aprovechando el desfile por el que han visto el sol que cuando tienen mucho trabajo prefieren no ver, siguen cobrando dos mil pesos por una hora de música. La competencia ya no son los serenateros y sus guitarras o los mariachis y sus trompetas —a quienes en el día de la madre no hay músico o precio rebajado que les gane— sino los mimos que pegan papelitos

con dibujos de sonrisas en las solapas esperando unas monedas, la música a alto volumen que desfila con el desfile, los disfrazados de simios que se golpean el pecho por más monedas y los helicópteros que echan pétalos a una multitud más variopinta que las flores de Antioquia. Y al capricho de la imaginación —imposible no dejarse engañar por el delirio del color y el pulso de la fiesta— veo la papayera dentro del helicóptero, como si los hubieran subido a una chiva flotante, Orlando y Diego y Ascensión, música de acordeón y flores cayendo de las alturas.

Golpes de guacharaca

Orlando me dice que no me mueva, que me quede donde estoy, que debo estar cansado después de lo de ayer en Deluxe. Frente a la Universidad de Antioquia —donde a los estudiantes se les permite vender películas piratas para pagar sus pensiones— está el Parque de los Deseos. El sol no me ha dejado solo este día de nubes extintas en que el ladrillo rojo que cubre cada casa de Medellín debe sentirse como una parrilla encendida. Ansío volver al resguardo del metro que atraviesa la ciudad pero es Orlando quien la atraviesa a casi ochenta kilómetros por hora.

Empiezo a pensar que la amabilidad de los colombianos resulta sospechosa cuando llega Orlando e imprevis-

tamente me abraza. “Estoy con chaqueta negra”, me había dicho por el celular —que sus hijos le enseñaron a usar— y en su mano derecha siento lo que los años le hacen a la piel. Sin guacharaca y sin uniforme es difícil adivinar a qué se dedica. Aún conserva cierto dejo de boxeador de barrio cuando su cuerpo amulatado le hace mover los brazos que parecieran ágiles pero se sienten tensos. Es como si arrastraran grilletes, como si hubieran cargado un gran peso a través del Caribe hasta llegar a Cartagena.

—No quiero volverme viejo, hermanazo —me dice—. Nací el 20 de septiembre de 1942 en el barrio de San Francisco. De allá salieron muchos boxeadores famosos en todo el país: Bernardo Caravallo, Mochila Herrera y, cómo no, Antonio Cervantes, el gran Kid Pambelé. Mi Cartagena es la cuna de los boxeadores de acá de Colombia y aunque no me crea y me vea bajito yo practiqué el boxeo por algún tiempo. ¿Peleas? En tantos años de salir todas las noches por las calles de Medellín parece mentira pero sólo me he metido en dos líos que llegaron a los puños. Uno por una mujer, otro por una mujer y una guacharaca... En ambos gané.

La sorpresa de los fenómenos astronómicos que expone el Parque de los Deseos como parte de los proyectos sociales que siguen transformando a Medellín pasa por un momento a segundo plano. La conversación con el guacharaquero se interrumpe por la preparación de la

tarima para la final del Festival de la Trova a la que asistiré en la noche. Las cuartetitas, versos improvisados, cantados y además rimados, intentan sumar los aplausos del público que se acomoda sobre sillas de plástico en el centro del parque, el mismo donde a veces se proyectan películas clásicas o donde los niños se echan encima arena blanca y limpia.

Para esta hora Orlando ya ha esperado un buen tiempo en la carrera 70. Los Tropicales del Caribe, dicta el cartel de letras verdes, serán los segundos en salir. Ascensión deambula por la vereda, ha subido de peso desde que llegó a Medellín hace veinticinco años. El negro de Urabá, el hijo de agricultores que cultivaban arroz en la región costera de Antioquia, el que Orlando me presentó como el vocalista “porque siempre tiene la boca lista pa’ comer”, ha sido recientemente elegido el presidente de la Cooperativa Multiactiva de Músicos Vallenatos de la 70. Su misión es lograr, a través de los aportes individuales de los ciento veinte músicos que afinan sus instrumentos en la calle, la instalación de un local con facilidades para guardar sus uniformes, cajas y acordeones y así trabajar mejor.

—La ley ampara al organizado —me dice antes de sostenerle la guacharaca y verlo cruzar la calle para llegar al baño de la gasolinera Texaco—. Yo siempre he dicho que soy católico, apostólico y cartagenero.

El viejo percusionista hace tantos chistes como golpes de guacharaca caben en un vallenato. En el humor descubro resistencia. Una ciudad hasta hace poco dominada por la muerte debe reír. Desde el Metrocable, uno de los teleféricos que sirven como medio masivo de transporte, se ve a la familia que nunca tuvo balcón pero que se pintó a sí misma en la pared de su casa como si estuviera mirando desde un balcón colorido. Humor City es también parte de la Feria, un festival del humor donde los imitadores y los bromistas hacen reír a una mayoría de jóvenes que en otra vida y a esa misma hora estarían frente o detrás de una bala. El humor paisa, aquel que una vez fue capaz de rezarle a una virgen con revólver en mano para que los disparos lleguen a su destino, se burla de su propia cultura, de su propio humor, nada queda en pie porque basta una broma para demolerlo todo a carcajadas. Aquí no se trata de hablar con corrección como en otros lados, en los chistes que se cuentan en Medellín siempre está la irreverencia, el sexo: “aparte de la cola, de la mujer me gusta todo el cuerpo”, me dijo por ahí un parcero, “ya se formó el maniculiteteo”.

Dejo la carrera 70, todavía nadie ha venido a recoger a los vallenateros y leo en mi libreta lo que he recogido azarosamente sobre la ciudad en pocos días de metro y taxis:

Montañas, industria, pasado: Pablo Escobar, Rosario

Tijeras, Rodrigo D, La Vendedora de Rosas. Los Fernandos paisas: Botero (sus esculturas cerca de una iglesia) y Vallejo (el infierno dantesco de la comuna y la cama). Medellín, qué fácil era matar. Medallo, Metrallo. Oro de cerros antioqueños, tres millones de habitantes. Medellín, metrópolis transformada, oficinas que no cierran si no han pasado doce horas y por la noche aguardientico. Nacional, Rey de Copas, en la cancha contra el Rojo de la Montaña. Medellín, eterna primavera, *shopping*, cirugía. Migrantes que llegan de la costa y van en metro a sus trabajos. Velas ardiendo en el Cementerio de San Pedro. El valle hundido en la cordillera, el aislamiento hacen de los paisas devotos de los motores y los convencen de ser únicos. Medellín: qué pena... con mucho gusto... de pronto... hágale pues... ¿cierto?

Doscientas barras más el taxi

La minifalda acaba justo antes del tatuaje que serpentea su pierna izquierda. Lleva lentes blancos y unos zapatos Converse que se ven más nuevos de lo que son. Me habla a toda velocidad, la escucho unida al sonido bulanguero del acordeón que subió a Deluxe en la oscuridad y miro su cuerpo tan tuneado como los autos que exhiben en la Feria sus accesorios metálicos y sus equi-

pos de sonido. Entre las frases de “El cantor de Fonseca” a cargo de Ascensión, escucho que estudia en la Universidad Pontificia Bolivariana. “Una universidad privada, pontificia”, me repite, “una carrera como diseño”, me dice, con la voz expulsada por el ron, “es lo que le encarrreta a una berraca como yo”. Comparo su tono atropellado y ansioso con la frase resignada que me había dicho Orlando en la calle: “Hermanazo, le soy sincero, yo sólo sé hacer hijos y tocar vallenato... ésa es mi malicia, ésa es la astucia y la valentía mía, el 100% de todo es malicia como decía el viejo mío.”

Diego ha tocado parado en el mismo lugar todo lo que han venido a tocar. Además de los dedos sólo mueve las piernas que bajan y se vuelven a enderezar como si el propio Diego Vera, desde los talones a la coronilla, fuera el fuelle encargado de hacer sonar al acordeón. Al fondo se pueden ver las sobras de champán en copas plásticas que parecen de neón y la chica pequeña de falda azul, la encargada de apagar las luces y la música cuando empezaban a subir los vallenateros, sigue correteando de un lado al otro con una botella en mano: “Aguardiente para el cumpleaños, aguardiente para Ascensión, aguardiente para Diego, aguardiente para usted.” Dejo de escuchar a la universitaria, me interrumpe el alboroto, debo volver a la papayera:

—A ver, a ver —dice Diego con esa voz rugosa de

fumador que igual conserva cierta dulzura—, ya vamos tocando más de una hora.

Viviana alza la voz:

—No señor, aquí me faltan más canciones.

—Cincuenta más o nada pues —interviene Orlando. Alguien lo agarra de su camisa blanca, esa que forma parte del uniforme que aún no ha fotografiado.

—O siguen cantando o ustedes verán cómo se regresan a su esquina —dice un tipo calvo al que le brillan los aretes en ambas orejas.

Con el acordeón cerrado, Diego se cruza y pide “cincuenta más”. Ascensión va detrás suyo y su rostro —el negro de Urabá es ahora más alto y macizo que en la calle— parece no decir nada reflejado en los ojos del calvo. Orlando cierra los puños. Deluxe, de repente, ha quedado en silencio. A Wadi no le importa, el barranquillero prendado del alcohol no se ha enterado de nada. Lo último que supo fue que en algún momento escuchó la guacharaca, la caja y el acordeón llenando su discoteca de recuerdos inventados por la voz de Ascensión. Aparte de un grupito detrás del bar encerrado en una discusión en la que aparecían personas que no están ni estuvieron aquí esta noche, la papayera logró enfiestar a la gente desde que arrancó con la canción de cumpleaños de la que nació —casi sin pausa— la famosa “Matilde Lina”: “al recordarte Matilde sentí temor por mi vida”.

—Aquí tienen para el taxi —Viviana saca un par de billetes de la cartera que por poco deja olvidada en el jeep.

Hervidero

Seguimos caminando de frente, ensordecidos por los tambores de la caravana, como si algo nos dijera que nuestro trabajo era llegar a casa. Como si quisiéramos un lugar seguro e inalcanzable para el ruido o, por lo menos, ajeno al colorante que pintarrajeaba ese espacio político contratado que se había vuelto la ciudad.

Desde mucho antes de llegar, nos dimos cuenta de que las camionetas habían invadido nuestra cuadra. El perifoneo repartía un eco ensortijado que seguramente ya colgaba de las ventanas. Los caminantes regalaban camisetitas y sonreían tras el candidato que devolvía otro saludo desde la primera fila. Cuando aparecieron los del bando opositor, los manifestantes se agarraron con fuerza de sus banderas y se pusieron a arengar fijando la mirada. Se los veía alegres y ocupados ahora que les era dado descargar contra el rival. Las luces se encendieron.

De entre el amasijo de motores íbamos saliendo nosotros, como queriendo apagar una alarma que ha sonado de más, buscando la salida y encontrando una nueva camioneta. La carga parecía ser la misma que la última vez. Caras y sonrisas junto a números rojos, verdes, azules. Sobre la primera tarima que alcanzamos a ver se dibujaba el mismo rostro que brillaba arrugado en el volante que tenía en mis manos.

El candidato empezó a desempapelar palabras que eran como el resumen de lo que vendría esas semanas. Pensamos que lo mejor era esperar el avance del desfile. En eso estábamos cuando sentimos que la multitud había empezado a enrollarse a nuestro alrededor como un nudo.

Volví una y otra vez el momento en que todo se trataba de eso: desclavarse del pavimento, buscar el final de aquel arcoíris de banderas. Calculé que podría llenar la tina una y otra vez con el sudor que estaría goteando del hervidero que abrumaba la cuadra.

Los allegados de la otra candidatura mejor se quedaron quietos, esperando. Y, mientras los semáforos competían con el brío de los simpatizantes, alguien se acercó, dejó un bulto en la calle y enseguida echó a correr. Lo que siguió fue el apuro, una multitud sacudida por la visión de una nueva parada.

Al fin logramos hacernos a un lado. Como no había

tenido tiempo de abrirlo, nunca solté aquel bulto, aquella gasa enmarañada cuyo contenido me seguía intrigando desde que me agaché a salvarlo de entre las pisadas. Sin embargo, lo que se llevó mi atención fue el ver irse a todos juntos de repente, en procesión. Demasiado pronto los vi desde lejos, libre para entrar a mi casa y encender la televisión.

La ciudad sigue empapelada. Los candidatos todavía son celebridades. El pueblo, una vez más, se unió y se dividió en hinchadas. A cada cual le correspondió alguna promesa calculada y algún *souvenir* tatuado con la fotografía de la papeleta. En la pantalla nuevamente relumbra una sonrisa.

Me acomodo para mirar desde la ventana. Dónde estarán todos los que habían llegado conmigo a media congregación y que desaparecieron como absorbidos por la tormenta de panfletos y proclamas. Aún recuerdo cuando abrí el paquete y pegada a las gasas pude ver una gran mancha de sangre quizás también humedecida por el sudor.

Refracción púrpura

Esta noche hay una razón para prender fuego a todo lo que no sea rock: Deep Purple. Marco González —apodado El Che por su boina, su barba y su moto— ha cruzado la ciudad desde el extremo sur, desde el barrio La Internacional, en un viaje de dos horas. Ya atravesó todo el centro de Quito, ahora llega a donde empieza el norte, al gran círculo de cristal y cemento que es la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Hace el signo del cornudo para saludar a su pana Gaver, quien ha cenado media botella de ron. Hoy la cultura —la que se vive lejos de la corrección política, en las venas y en las melenas— se resume en un pacto de sangre con la noche: el rock, más que un espectáculo, es para algunos un rito de paso.

Como Marco, una peregrinación vestida de negro hace largas filas sobre la acera. Junto a las pequeñas carpas que venden hot dogs, fritada y caramelos, los revendedo-

res intentan deshacerse de las entradas a VIP, pero la mayoría de los feligreses busca el ticket más barato: bastan cuarenta dólares para experimentar cuarenta años de rock. Al Che no le importa gastarse ochenta dólares en un boleto de los trescientos que gana como mensajero. Tampoco importa estar lejos de la tarima, pues lo alcanzarán los decibeles de la banda calificada en 1972 por el *Libro Guinness de los Récords* como la más ruidosa del planeta. El quinteto de sesentones británicos se prepara, luego de tres años de haber tocado en Ecuador por primera vez, para asaltar el escenario con el desparpajo roquero de la vieja escuela.

—Yo sólo quiero que se acabe esta pendejada rápido —dice la señora del cajón de cigarrillos y mentas.

—¿Qué le pasa, doña? Aproveche que hay trabajo, no sea burra —responde Zoila, la revendedora.

—Es que estos roqueros saben ser satánicos, arman bronca. No, no, no...

Prejuicios que se pegan al negro de las chompas de cuero. Los policías —verlos trae a mi nariz el recuerdo del gas lacrimógeno— observan a los melenudos como sospechosos de un crimen futuro. Camisetas con estampas de Pink Floyd, Slayer o Led Zeppelin entran detrás de camisas cerradas al cuello y trajes de corbata. Los que escuchaban a Deep Purple en tocadiscos se juntan con los que en un par de clics se bajaron toda la discografía a

su disco duro. Pero siempre los jóvenes son más: uno de cada cuatro ecuatorianos tiene entre quince y veintinueve años. Las emisoras de radio y la televisión, contagiados del edulcorado mundo Disney o del virulento reggaetón, ofrecen un panorama propicio para la resistencia. El rock revive como un hada estruendosa en los conciertos.

Habría que preguntarse por qué hay tantos metales en el sur de la capital. Cuando es hora de un concierto de rock duro, ellos son como una ola que avanza para luego, cuando se apagan los amplificadores, volver a casa. Como las oficinas del Estado y el aeropuerto, como los museos y las universidades, los locales de espectáculos —los legales— están en el norte. El sur es la sombra.

Basta recordar la tragedia ocurrida en la Factory, un local de conciertos del sur, en 2008: el fuego de una bengala volvió el lugar un infierno, mató a catorce jóvenes y causó quemaduras a casi todos los trescientos asistentes. La discoteca de zinc, que no contaba con permisos ni salidas de emergencia, se volvió ceniza.

Y aun así, una ciudad atomizada en norte, centro, sur y valles quizá no piense en lo que me dice, a la entrada del show, Carlos Cisneros, baterista de la banda McClane. Él recuerda una opinión del historiador Enrique Ayala: “Hay que agradecer al movimiento roquero que no haya maras en Ecuador; el rock es una válvula de escape a la marginación. Muchos jóvenes, sobre todo en el sur de

Quito, en lugar de formar pandillas crean bandas de rock o se agrupan alrededor de los conciertos.” En los años noventa, por ejemplo, habría sido impensable que un festival de rock gratuito, como el Quitofest que ya lleva ocho años, reúna a jóvenes de todos los estratos sociales en torno a la música. Es más, apenas hace tres años han empezado a llegar con mayor frecuencia al Ecuador bandas de rock internacionales: Megadeth, Iron Maiden y Guns N’ Roses, entre otras.

Las ondas rabiosas de Purple chocan contra el techo del Ágora, que desde abajo se ve como el revés de un descomunal paraguas. Ahora que empieza a sonar “Highway Star”, cinco mil espectadores vuelven eco sus gargantas. El sacudón de melena de un fan perdido en el delirio de guitarras y tambores me arranca el cigarrillo encendido que se apaga entre sus nudos capilares, pero el olor a cabello quemado no lo distrae ni un segundo: Deep Purple para los cinco sentidos.

Suena “Rapture of the Deep” pero en medio del solo introductorio el teclado de Don Airey desfallece. Hay algún problema con las conexiones eléctricas y, en un minuto más, los músicos salen de la escena. Enseguida el público se vuelve una olla hirviente de abucheos e insultos. ¿Equipos baratos para redondear ingresos?

Las mujeres que están en el centro del graderío saltan hacia atrás, el epicentro del caos es un grupo de jóvenes

armados de empujones. Me aterra la amenaza de bronca masiva, como la que ocurrió en el concierto de Destruction en 2004. La banda alemana no tocó debido a fallas técnicas e incluso el piso del Miami Centro de Convenciones —donde además se dio, en 2002, la primera pelea registrada entre *punks* y *skinheads* en Quito— fue destrozado por los enfurecidos asistentes. La provocación se desvanece con un gran respiro ahora que Deep Purple vuelve al escenario.

“Lazy” es el tema que nos salva del abismo sin música: el rock tiene un ADN autodestructivo que requiere de guitarras para no encarnarse en golpes. Blues que se vuelve rock&roll, rock&roll que se vuelve rock duro. En las gradas, la ira se transforma en euforia y palmas cuando el vocalista Ian Gillan sopla su armónica. Una chica parece perdida y es la tercera vez que busca a alguien entre las filas donde me encuentro. Pasa junto al señor de barba que chupa las últimas gotas de una funda clandestina de aguardiente: “perdón que no les brindé pero estaba babeado”, les dice a sus amigos.

“Smoke on the Water” no es la canción más cantada, es la más filmada. Vivir el concierto con el cuerpo es insuficiente, cientos de celulares apuntan a la banda, hay que encerrarlo todo en ese marco rectangular que hace las cosas visibles, transmisibles, reales. Un *souvenir* de píxeles que no guarda, sin embargo, el olor de las repentinas

nubes de marihuana, la sensación de tímpanos machacados durante dos horas, la incomodidad de las piernas hipnotizadas por la marcha incesante de los tambores.

A un par de metros frente a mí, un joven que parecía un muerto sobre el graderío se incorpora como en un electroshock. “Na, na, na, na”... es “Hush”, la canción que cierra el show. Empieza a llover cerveza. Alguien grita: “¡Es orinaaa!” pero el coro masivo es un huracán que se lo lleva todo.

Es el fin. Y el fin de un gran concierto es como verse en el espejo y volverlo pedazos.

Apariciones nocturnas

Es como si el hombre cordial y robusto que me dice “Bienvenido a Dionisios, caballero... ¿Algo de tomar?” buscara otro mundo, una realidad extravagante, un más allá de escarcha y provocación, cuando lo descubro convertido en la suntuosa Sarai Bassó en la fotografía que me mira desde el bar del teatro.

—¿Sabes que lo último que pensé fue hacer espectáculos como *drag queen* y menos aplicarlo en mi país? —recalca Daniel Moreno (escenógrafo, instructor, actor, dramaturgo) mientras sumerge los hielos en el licor de menta—. Se titula *Familia*; en esta obra somos dos actores, Xavier Sánchez y yo, hacemos cuatro personajes. La preparación nos toma una hora... Pero ven, sígueme...

Daniel se despoja de Daniel en el camerino (un viejo baño, un gran espejo que más que deformar las figuras las irrealiza). Xavier traza una línea alrededor de su ojo y recuerdo la curvatura de la escalera por la que escapé

del frío nocturno al subir al teatro. La batalla entre varios frascos de maquillaje y los rasgos masculinos hacen que Simonné Bernardette empiece a asomarse en su cuerpo. Me pide el tutú colgado de un urinal en desuso que en lo angosto del camerino sirve de repisa. El traje y el maquillaje esperan las escenas en las que Xavier, transformado en Simonné, encarnará a una balletista afligida por el injusto asesinato de un amigo homosexual.

Los años ochenta, la represión, los desaparecidos. *Familia*, subraya Daniel, está basada en hechos reales que le sirvieron para combinar, dentro de la creación teatral, el clamor con la ironía. De hecho, las obras presentadas en Dionisios (me cuenta en tanto extiende unas líneas rojas sobre sus pómulos como si se tratara de un actor kabuki) no se reducen a la coreografía y la fonomímica como la gran mayoría de los espectáculos *drag*. Sin embargo, el maquillaje y el vestuario no dejan de ser fastuosos.

—Estos trajes son muy caros. Los amigos siempre dicen que el auto que no tengo está aquí arriba en el camerino —comenta un poco antes de hacer invisible lo único que en este punto podría delatar su masculinidad, y es que, ¿cómo ocultar el bulto indiscreto?—. Lo que hago es ponerlo a hablar con el de atrás y listo —señala el dramaturgo antes de que Xavier repita la misma peripécia genital—. Eso sí, hay que cuidarse de los cólicos, son terribles cuando no sabes acomodártelo bien.

Con esta puesta en escena se cumplen ya casi trece años (apenas se inauguró Dionisios) en los que Moreno ha invocado ese alter ego femenino sobre las tablas. En un escenario pequeño los rayos de luz develan, escena tras escena, una media máscara de rasgos achinados que lamenta la muerte de un hijo y una graciosa balletista, ella lanza preguntas por su amigo desaparecido como si lanzara piedras. Hay militancia en este grupo de teatro, un oponerse a la idea de la homosexualidad como puro contacto sexual o como victimización. La perseverancia de la agrupación pionera de teatro *drag* en Ecuador ha permitido que la obra de Dionisios trascienda las contenciones del movimiento gay. Una audiencia diversa aprecia su trabajo escénico, incluidos los niños (obras de *drag monster* y *drag animal* los convocan).

La obra concluye y Daniel me invita a cenar junto al resto de la audiencia acompañados por el equipo de Dionisios. Tal como me decía mientras dibujaba arabescos en su mejilla para personificar a la duquesa, su ética de *drag queen* lo obliga a sacarse la corona y compartir con sus súbditos. Está claro, cuando lo veo representar a la madre que llora a su hijo o a la duquesa desconsolada por su soledad, que este espectáculo se aparta del que protagonizarían *drag queens* convencionales o *drag fashions*. Como señala Daniel, se trata de transexuales ocupados solamente en la parodia glamorosa del *drag* sin tomar en

cuenta sus posibilidades ficcionales). *Familia* es una obra que incluso alcanza cierto nivel de abstracción, sobre todo durante un acto que muestra la impotencia de la duquesa y la balletista asomadas a una ventana desde la que observan la ciudad y la ausencia.

Tras escuchar el estallido de los aplausos que cierra el último acto, recuerdo algún fragmento de la charla con Daniel detrás del escenario: “Lo más gratificante es cuando la gente te aplaude y dice ‘¡qué chévere, me encanta lo que hacen!’, o incluso cosas como ‘¡bravo, qué huevos tienen!’, eso nos confirma que estamos haciendo algo que vale la pena.”

Con estas palabras en mente deambulo por el teatro y descubro apostado en la pared que limita el escenario un porno-*collage* con recortes de hombres musculosos que, entre desnudos y semidesnudos, posan en la media luz del Dionisos. Ahora Bernardette se pasea en su tutú para saludar y Sarai corre a la cocina que queda a un lado del bar dispuesta a calentar la cena. No hay más distancia entre *drag queens* y audiencia. No hay tiempo para quitarse el atuendo, el transformismo ya no es solamente físico, la celebración no espera. El escenario deja de tener límites, las apariciones nocturnas ayudadas por un montón de frascos de maquillaje y un camerino se sientan a la mesa y hacen de la imaginación el verdadero escenario de la vida.

Vilcabamba: agua milagrosa y psicodelia

En la pizarra que exhibe el menú de Juice Factory (un local bilingüe de bebidas orgánicas) se expresa mucho del imaginario que envuelve a Vilcabamba, el pueblo del sur del Ecuador conocido como el Valle de la Eterna Juventud. Vilca-Verde, uno de los batidos frutales, parece ofrecer en su fusión de kiwi, manzana, banana, naranjilla, spirulina y espinaca lo que muchos visitantes van a buscar al pueblo: vigor, salud, longevidad... o al menos su testimonio, su versión express. Sobre las letras de tiza que enumeran el contenido de otros dos jugos, El Longevo e Incan Berry, cuelga un par de papeles pequeños con letras rojas que dicen: *SOLD OUT*.

Todas las mesas y la barra de la tienda están ocupadas: se trata de un hervidero de clientes en busca de jugo energético para después del desayuno. La mayoría son extranjeros, sobre todo provienen de Estados Unidos, y

cada cual exhibe sus vestimentas estrafalarias en onda *peace & love*. Además, su ánimo festivo es como el de quien acaba de descubrir el tesoro que el vecino añoraba. Hablan, hablan sin parar. Hablan, por ejemplo, de las bondades del agua del valle y sus propiedades curativas, del buen clima que ha permitido a una sorprendente cantidad de habitantes de Vilcabamba superar los cien años de edad. Hablan del festival Water Woman al que han venido a participar, de sus similitudes y diferencias con el gran festival estadounidense Burning Man que ocurre por las mismas fechas en el desierto de Nevada. Hablan de meditación, de yoga, de vegetarianismo, de asistir a ceremonias shamánicas, de lo imposible que se ha vuelto llevar una vida plena en ciudades como Chicago y Nueva York o hablan de los terrenos que los lugareños están vendiendo. Hablan de los locales de *Real Estate* (porque así, en inglés, sus letreros llaman directamente a ojos extranjeros) que están repartidos por todo el pueblo.

Los ojos de los bebedores orgánicos van del vaso verde que tienen al frente, a los del interlocutor y, luego, como si sólo se atrevieran a dirigirse de reojo al futuro común de la vejez, al parque que está al frente. Allí los célebres longevos de Vilcabamba fuman sus chamicos (variedad local del tabaco), se sientan bajo el sol atenuado por el ramaje de los árboles, caminan lentamente apoyados en sus bastones y reciben monedas de un dólar a cambio de una

fotografía o unas palabras sobre la vida y los hábitos —alimenticios, físicos, laborales y hasta amorosos— que les han permitido superar a algunos los ochenta y a otros los noventa años. Su testimonio, más que como consejo de sabiduría, es tomado como evidencia de las cualidades benéficas de Vilcabamba, como curiosidad y como futura anécdota. El pequeño parque frente a la iglesia, el epicentro de la vida social del pueblo, es una asamblea de la experiencia y un espacio especializado en servir de postal. Pero se ve a muy pocos extranjeros sentarse en las bancas verdes del parque para hablar con los longevos.

Es como si todo este conjunto de gringos en excursión por tierras que suponen más espirituales que las suyas pertenecieran a una misma comunidad *New Age* (si por esto entendemos preocupaciones ecológicas, intereses holísticos y cierta actitud anti-sistema). Lucen estampados hindúes, ponchos coloridos, sandalias, cabello largo, barba, vestidos holgados, licras floreadas de colores chillones, cargan guitarras, mochilas y niños que, a su vez, llevan golosinas o comics que narran las aventuras de Krishna. Es como si a este grupo de personajes psicodélicos los hubieran trasplantado por un túnel del tiempo directamente del San Francisco de 1967: del *Summer of Love*, la cúspide del entusiasmo hippie, a la provincia de Loja, a sus noches de luna llena. Pero, claro, estos visitantes no han llegado al Ecuador gracias a sus intuiciones

místicas o a su capacidad para sintonizarse con los lugares que el universo ha cargado de especial energía (como tradicionalmente, incluso desde la época de los Incas, se ha considerado a Vilcabamba). Toda esta tribu multicolor y multiétnica ha llegado siguiendo las señales de humo de la prosaica, electrónica y transaccional internet. Y ésta es una de las paradojas: sin la tecnología no podrían haber llegado al lugar en el que pretenden desenchufarse de la metrópolis.

La agitación que causan los visitantes, por más que sea inusual, no sorprende ni alarma a la comunidad (Vilcabamba tiene cerca de 4800 habitantes). “Hoy dizque empieza un festival grande de gringos, han venido un montón, muchísimos hippies... Harto fachoso viene por acá, pero hoy han venido muchos más”, me dice el taxista que conduce hacia Yamburara por un polvoriento empedrado para llevarme a la casa de Glenn Clayton. El tejano de sesenta y cuatro años, que lleva barba canosa y camina en sus zapatos de cuero oscuro sin calcetines, podría ser considerado como un pionero de esta suerte de hippismo holístico que ha marcado a Vilcabamba y que se ha convertido en un estereotipo, junto al de los longevos, para caracterizar y caricaturizar al pueblo. Él y su esposa Martha Menefee llegaron a Vilcabamba en 1975 y desde entonces viven en la casa que ellos mismos construyeron. En el interior de la vivienda de forma circular

destacan decenas de fotografías, algunas llevan el nombre del fotografiado en letras mayúsculas y negras: LAYLA, ALEX, DANIEL... La desnudez y las sonrisas infantiles de sus hijos, el recuerdo de los parientes en Estados Unidos y los paisajes de los Andes cubren todas las paredes.

Glenn (músico, pintor y ex gerente de planta de lo que en los noventa fue la empresa sueca de exportación de agua Vilcagua S.A.) es, según dicen en el pueblo, uno de los primeros estadounidenses que decidió afincarse en Vilcabamba. Él asegura, sin embargo, que cuando llegó con su esposa ya otros estadounidenses, “el Viejo Johnny” (John Lovewinsdon) y sus seguidores come-frutas vivían desde hacía algunos años en la zona. “Ellos sólo comían fruta, luego sufrieron muchos problemas de salud. Johnny era un déspota que maltrataba a sus discípulos, los criticaba, se burlaba de ellos. Murió en Quito, se había quedado totalmente solo”, dice Glenn con un muy fuerte acento estadounidense injertado con varios giros y usos del habla ecuatoriana.

Glenn Clayton llegó a Vilcabamba a causa de la guerra de Vietnam. Cursó varias carreras en Estados Unidos, pues quería seguir estudiando para evitar la conscripción: derecho, psicología, física... Al final entendió que la universidad era solamente una fábrica de títulos y decidió lanzarse a la aventura, pues según su filosofía artística, lo que un creador necesita es aventurarse. Su camisa

de mangas cortas con manchas verdes y su viejo pantalón caqui revelan que esta mañana la ha dedicado a pintar algún paisaje. Sus cuadros, por lo general abstractos o geométricos, reposan en el segundo piso, donde se encuentra su estudio y el dormitorio que comparte con Martha. A ella la conoció en Colombia, pues tras haber esquivado el reclutamiento de las fuerzas armadas, Glenn decidió festejar con un viaje para ver el paso del cometa Kohoutek con unos amigos. Allí se encontró con Martha y decidieron seguir el viaje hacia el sur. No sabían de Vilcabamba hasta que alguien les habló de un pueblo ecuatoriano en el que había sol todos los días, se quedaron no porque buscaran la longevidad sino porque querían llevar una vida ligada a la naturaleza. Desde hace treinta y cinco años se dedican a lo mismo. Glenn recibe remesas que le envía su madre, se dedica a pintar y a componer canciones, también repara pianos en Loja y Cuenca. Martha elabora pan integral, pan de banano y, entre otros productos naturistas, sal con vegetales.

“Entre los años 78 y 83 —cuenta Glenn— había una profunda preocupación por la longevidad natural. *National Geographic* hizo un reportaje sobre Vilcabamba a comienzos de los años setenta y eso atrajo a muchas personas. La primera empresa de agua, Vilcabamba Internacional, trajo en 1982 a un médico investigador que hizo estudios sobre la quelación de minerales. La quelación

es la absorción de los minerales de la dieta y es un proceso que ocurre de forma natural en Vilcabamba.”

La larga trenza de Glenn se ve sobre su hombro como una delgada serpiente gris. Él sigue hablando del líquido que le ha dado fama de Edén a Vilcabamba. “El agua de río contiene los elementos quelados (proceso que se da en las lagunas y páramos gracias a las algas). Ese mineral pasaba por el agua de riego a los cultivos como yuca, camote y, sobre todo, caña. La mineralización corporal, como consecuencia, era casi perfecta y por eso la vida se prolongaba.” Clayton añade que en 1995, en la revista *Longevity Magazine*, se publicó una entrevista con el doctor Alexander Leaf, quien había viajado a Vilcabamba en 1973. Leaf decía que en el pueblo no existe evidencia de elementos que produzcan la longevidad de sus habitantes y que el verdadero experto en Vilcabamba era el doctor Richard Mazzess, quien prácticamente había hecho un censo y denunciado que la gente del pueblo estaba exagerando su edad.

“Yo conocí a Mazzess —dice Glenn—, era un científico de la Universidad de Wisconsin, él estuvo tres o cuatro años estudiando los huesos de la gente longeva porque aquí no sufrían de osteoporosis (ni entre las mujeres más ancianas había huesos porosos). Los huesos aquí se condensan o reducen, la gente se hace más pequeña. El doctor Morton Walker dijo que esto se debía a

la combinación de calcio, magnesio y manganeso en el agua. Mazzess vino a estudiar los huesos porque era experto en eso, pero no en longevidad. Él dijo que no importaba si los longevos estaban exagerando su edad en cinco o diez años, lo que importaba es que se encontraban absolutamente saludables. Eso me lo dijo a mí pero las autoridades del pueblo lo declararon persona no grata porque él no había tenido tiempo de reparar sus declaraciones.”

Glenn observa un claro contraste frente a otros tiempos. “Ahora los extranjeros que llegan a Vilcabamba son, por lo general, personas adineradas. La mayoría vive en San Joaquín que es una comunidad aparte, un conjunto residencial sobre todo de gente de California que llegó atraída por la promoción de una revista estadounidense que considera el lugar como uno de los mejores en el mundo para pasar la jubilación. Es una comunidad cerrada con guardia y reglas: sólo para estadounidenses. Venden sus casas en Estados Unidos y la diferencia de precios les permite comprar aquí terrenos y casas a precios altísimos, han encarecido mucho la tierra. Hace veinte años aquí no existía la idea de bienes raíces pero hoy todo está medido en metros cuadrados.”

Buena parte de los extranjeros que han llegado este fin de semana a Vilcabamba, sin embargo, no se ven a ellos mismos como simples corderos del capitalismo —al

menos durante su visita al Valle de la Eterna Juventud—. Han llegado a Water Woman y entrar al festival, luego de leer los letreros en la puerta de ingreso que rezan “No drogas”, “No mascotas”, “No alcohol”, es como sumergirse en una especie de Disneylandia *New Age*: atracciones espirituales de todo orden y para todo público. Chicas malabaristas que parecen hadas recluidas detrás de sus piruetas de fuego, meditaciones colectivas, DJs que pinchan archivos digitales con omnipresentes tambores orientales, esculturas paganas que no apelan a ningún dogma, platos vegetarianos servidos por hare krishnas de Kaza-jistán. Una feria de artesanías (con empanadas chilenas y choripanes argentinos incluidos), voces amplificadas que explican posturas de yoga, incienso penetrante, un canadiense que vende chocolate con menta y spirulina. Un alemán sesentón y sus pequeñas arpas, un chileno que ha viajado más de un año por todo el mundo gracias a las monedas que le da su violín, un cantautor de Canadá que toca batería, didgeridoo y guitarra hawaiana casi al mismo tiempo. Indígenas del Perú que luego de protagonizar una ceremonia shamánica invitan a los extranjeros a darse una vuelta por su país (de la mano de ellos, claro), un guitarrista sospechosamente parecido a Carlos Santana que se viste como Jimi Hendrix y le roba arpegios a The Doors. Carpas fosforescentes, un bus pintado de arcoiris a lo *Magical Mystery Tour*, niños que se apropian de

los domos de meditación luego de acabados los talleres para dar brincos... En definitiva, psicodelia para todos sentidos, incluido ese olvidado ente que aquí, no obstante, se saca a relucir: el espíritu, o su excepcional versión de fin de semana en festival multicultural en Vilcabamba.

Akira Chan, canadiense de treinta y un años, es parte de transformationalfestivals.com y la mayor parte del año se la ha pasado de festival en festival filmando documentales. “Son festivales que combinan música y talleres pero cada vez se trata más de participar en ceremonias y rituales y ya no es tanto una fiesta. Water Woman es el único que hemos filmado fuera de Norteamérica (hemos estado en festivales como Symbiosis, Diversity, Shambala, Beloved, Mystic Garden, entre otros) pero éste es el más increíble. Aquí tenemos representantes de los q’ero, aymara, kogui así como indios norteamericanos. Es un diálogo con culturas nativas.”

Los talleres de los que habla Akira se realizan bajo amplias estructuras circulares hechas de tubo. De lo alto cuelgan telas que, en la noche, sirven para conjugar luminotecnia y música electrónica. Los talleres son, junto a las ceremonias, la oferta principal de Water Woman. Para entrar al festival que va de jueves a domingo hay que pagar una entrada cuyo precio depende de la procedencia. Para los ecuatorianos asciende a setenta y cinco dólares, y para los extranjeros a ciento cincuenta. Los

espacios destinados para los distintos eventos han sido bautizados para resaltar el bagaje transcultural y ancestral del festival: Condor's Nest, Lotus Lounge, Quetzalcoatl Starship [sic], Art Pavillion, Nostradamus Hide Out, Sol Sanctuary, Lunar Loft... Se trata de las mismas estructuras circulares o de grandes carpas cerradas. Varios tableros y afiches anuncian los estrictos horarios de actividades. Éstos son algunos ejemplos: oración mañanera del agua (8:30 am), enseñanzas de vientrología y transmutación (para mujeres y bebés lactantes, 3:00 pm) y movimiento intuitivo (6:30 pm). Asimismo, a lo largo del día, los asistentes pueden practicar, entre otras disciplinas: reiki (con Laura Alquimia), balanceo del aura, chi gong, lomi hawaiano, acro-yoga, masaje thai, masaje bambú, masaje japonés voga... Abajo, al borde de la mayoría de afiches, como resaltando el valor extra de lo holístico, dice: *Donations Accepted*.

Acaiah Moon es canadiense, veinteañera y enfermera de profesión, vive en Vilcabamba desde hace un año y medio. Su largo cabello castaño cae alrededor de su blusa crema sin mangas, lleva un adorno hindú sobre la frente, una licra negra de bastas anchas y patrones florales, una especie de mandala rojo cuelga de su collar. Junto a su pareja Pieter van Wensveen se les ocurrió crear el festival Water Woman durante un viaje al Perú. “He participado en varios festivales transformacionales —dice

Acaiah con una voz gastada por el trajín de la coordinación del evento—, ahora me dedico a la curación energética y holística. La idea era hacer algo inspirado en el festival Burning Man pero distinto: lunar en vez de solar, femenino en vez de masculino y, en vez de desértico, casi selvático. El nombre mismo viene de una celebración que se realizó en el propio Burning Man durante los años noventa.”

Acaiah adopta a veces una actitud ceremoniosa. Como cuando dice, por ejemplo, que todos somos uno o que el festival es parte de la profecía que habla del encuentro entre el águila y el cóndor. Es decir, entre el norte (gringos en busca del exotismo holístico) y el sur (nosotros, que tanto imitamos a los gringos). El objetivo del evento, según la organizadora, no es lucrar. Aunque participan alrededor de setenta y cinco artistas (desde escultores de madera hasta malabaristas pasando por DJs y pintores de luz negra) no todos cobran o, simplemente, se les apoyó con transporte, hospedaje y alimentación. “Si llega a sobrar algo de ingreso —continúa Acaiah— se lo destinará a un proyecto de una planta de tratamiento de agua o se lo donará a una comunidad de mujeres que ofrece empoderamiento y oportunidades de trabajo.”

Pacha Mama es la palabra que más se escucha en el festival, una y otra vez: Pacha Mama. La pronuncian los músicos, los que dictan los talleres, los artesanos, los asis-

tentes, los padres a sus hijos, los vendedores de comida y, por supuesto, los shamanes. Celso Fiallo (Quito, 1940) siente cómo, al apenas pisar el suelo de Vilcabamba, le hormiguean los pies. “Es la densidad de la energía —dice el shamán y ex comunista—, no conozco otro lugar tan pequeño con tanta energía concentrada.” El comunismo condujo a Fiallo a las luchas indígenas y, de ahí, pero sobre todo debido al amor que su madre le inculcó por los indios, decidió interiorizar el saber ancestral y dedicarse al shamanismo. Luego de su charla sobre las líneas de energía que circulan por la Madre Tierra, se le acerca un chico descamisado y de brazos tatuados, le hace un par de preguntas adicionales y lo abraza. Si bien la parafernalia es una parte importante del evento —por no decir fundamental—, el jovial brujo es quien lleva la vestimenta menos llamativa de entre toda la congregación que ha escuchado sus palabras: jean, camisa a rayas y zapatos de goma.

Pero hay alguien más que, entre la despreocupada homogeneidad festivalera, expresa cierta disidencia. Se hace llamar Mofwoofwo y se acerca mientras habla por un *walkie talkie* ya que colabora con la coordinación del festival. El californiano vivió por siete años en Europa como parte de una comunidad intencional (agrupación que se aleja de la ciudad para vivir según reglas alternativas) ubicada en la frontera entre Holanda y Alemania. Además

de mantener un semanario virtual en el cual plantea temas de discusión enfocados en la coyuntura de Vilcabamba, se encuentra armando un centro de artes circenses y *clowns*. Dice el muy delgado, canoso y barbado Mofwoofwo: “Quiero crear una comunidad en la que se hable español, se cultive alimentos orgánicos, se siembren árboles, se practiquen las artes, una fundación educativa sin fines de lucro que promueva la energía sustentable, las construcciones alternativas, una vida motivada por el amor y no por el dólar.” El estadounidense que no quiere revelar su edad, pues “el secreto de la eterna juventud —dice— no debe ser revelado”, fue un auténtico hippie de los años sesenta en San Francisco. Más tarde se convirtió en activista a favor de los pobres. Cuando su hermano —un emprendedor que inventó un cepillo de dientes de éxito mundial— decidió sorprenderlo y otorgarle la jubilación, Mofwoofwo pudo dejar el camión en el que se dedicaba a hacer mudanzas (y que le permitió hacerse de todo lo que la gente desechaba y nunca tener que comprar ropa o muebles) y concentrarse en cumplir sus sueños.

Lo primero que quiso fue alejarse de las ciudades. Pero ni siquiera Vilcabamba le pareció lo suficientemente tranquilo. A su juicio, en el pueblo se hacen demasiadas construcciones, hay demasiado ruido y muchos ecuatorianos —en taxis, tiendas y servicios domésticos— se ven obligados a trabajar dieciséis horas al día porque, a

causa de la presencia de tantos extranjeros, todo ha subido de precio. Por eso, el terreno que compró para crear su comunidad se ubica en Yamburara alto, a quince minutos del pueblo. Mofwoofwooo aún mantiene su espíritu activista e idealista muy vivo. Se nota en sus proyectos; él mismo los considera delirantes.

“Noté que no existe una relación de integración entre extranjeros y ecuatorianos, por eso creé mi semanario pero es necesario ir mucho más allá. Estoy pensando en traer paridad al pueblo, es decir, equidad monetaria. Los extranjeros que vienen a vivir a Vilcabamba tienen mucho más dinero que los ecuatorianos. El resultado es una forma de neocolonialismo no premeditado: los ecuatorianos terminan siendo una clase sirviente de los extranjeros. A los foráneos puede venirles bien contar con todos los servicios a un precio mucho menor que en sus países pero hay un lado oscuro en todo esto porque así no podremos integrarnos. Los ecuatorianos tienen los recursos pero no el *cash*, y el efectivo termina siendo más importante. Hay tres factores que evitan la integración: el idioma, las diferencias culturales (los occidentales llevan una vida muy distinta, mucho más agresiva) y la disparidad económica. Este último es un problema monumental. Se me ocurrió que se podría crear una moneda propia de Vilcabamba que tenga el mismo valor que el dólar, podríamos imprimir los billetes y darles mil dólares men-

suales a los ecuatorianos. Eso tendrían que gastarlo aquí, seguirían empleados en sus mismos trabajos y ganarían mucho más, podrían unirse con los que tienen el mismo negocio y harían más en menos tiempo.”

Está claro que a Mofwoofwo le angustia la posible McDonaldización de Vilcabamba, a fin de cuentas no dejó California para terminar metido en una colonia de gringos. También le preocupa que los locales no puedan dejar de ver al extranjero como una fuente de dinero a la que hay que exprimir. “Los gringos vienen con mucho dinero y los ecuatorianos que han trabajado toda su vida y no tienen ese dinero no pueden dejar de intentar sacarles todo el dinero que puedan. A veces se hacen amistades sólo por interés.” Y también es por eso que la tierra se ha encarecido: la misma hectárea que hace un par de años costaba cuarenta mil dólares en Yamburara alto, hoy cuesta cerca de noventa mil.

Ernesto Carpio, de noventa y cinco años, no piensa vender la finca que le sirvió de sustento durante buena parte de su vida adulta. Ernesto —en su cédula decía Néstor hasta que al fin este año se la arreglaron— ha decidido repartir la tierra entre sus hijos. El casi centenario se pasea por el parque del pueblo todos los días con su bastón,

su sombrero ancho y sus lentes de fondo de botella. Dice que su padre, Miguel Carpio, vivió hasta los ciento treinta años. “Antes sí había longevos, ya no, ahora hay mucho químico. El poroto, la carne, todo grano era sano.” Los visitantes, sobre todo ecuatorianos, se toman fotos junto a él y le dan unas monedas; él, como todos los ancianos que andan por el pueblo, anticipa a quien quiere hablarle que debe darle una colaboración, no una caridad. Un joven cuencano tiene que volver a preguntarle con un tono de voz más alto a qué se dedicaba. Ernesto responde bajito, las palabras fluyen con lentitud pero decididas: “Trabajaba haciendo cargas con mulas entre Cuenca y Loja. Llevaba mercadería, ropa, alimentos y hasta carros. También trabajé en agricultura: trigo, alverja, maíz, caña... Trabajé desde los doce hasta los ochenta y cinco años.” En medio de la respuesta hay que volver a hacerle la misma pregunta. Así, con paciencia, llegamos a saber que tiene ocho hijos, que su esposa Beatriz —a quien conoció desde niña— ya murió, que vive solo y que está seguro, de acuerdo con una especie de demonización muy habitual del extranjero, que es la presencia de los gringos la que ha dañado el agua.

“Deporte hacía muy poco —dice Carpio—, nomás pasaba sólo trabajando yo. Mi papá era muy bravo pero, al descuido, de noche nos juntábamos con los amigos para costearnos botellas de aguardiente de caña, de repente

ya nos amanecíamos. Cuando ya llegaba la madrugada para acostarme, mi papá me llamaba para mudar las yuntas.” Cambia de tono para decir: “No me acuerdo en qué año nací. Desde hace tres años estoy enfermo, se me seca la respiración. Dicen que puede ser el pulmón, el corazón y no dan con lo que me pasa. Estuve cinco días en la clínica de Loja y les dijeron a mis hijos que no había más que hacer, que me traigan a morir a Vilcabamba, que me quedaban pocos días... De eso ya va a ser un año. El cristiano es más duro que el animal, tenía doce hermanos y a todos los enterré.”

Mientras en el festival Water Woman se está realizando un temazcal (ceremonia de origen centroamericano que involucra piedras, vapor y fuego) me siento en el parque del pueblo, miro la pileta y trato de imaginar la pampa y la cruz de palo que, según Ernesto Carpio, ocupaban el lugar central del parque cuando él era niño. Es domingo y los creyentes ya están saliendo de misa. Los viejos apostados en las sillas del parque miran a la gente que sale y tejen historias alrededor de cada uno. “¡Ahí está Agustín Jaramillo, él sabe la historia de Cantinflas!”, me dice Agustín Gaona, el encargado de información turística. En efecto, una de las leyendas que se cuentan en el pueblo es que el actor mexicano pasó alrededor de un año en Vilcabamba para curarse de sus males cardiovasculares. El señor Jaramillo, sin embargo,

no recuerda nada. “Se cayó y tuvieron que hacerle una operación”, dice la mujer que lo lleva del brazo. Si bien los rumores que logro recoger son un tanto inconsistentes, todos coinciden en que Mario Moreno, Cantinflas, pasó en Vilcabamba una temporada de incógnito, se curó y pudo volver a México, hablamos de los años sesenta. Otros cuentan que Arnold Schwarzenegger también estuvo en Vilcabamba para curar sus males, así como algunos grandes empresarios de Quito y Guayaquil que no hallaron cura entre los doctores de la ciudad. Sin duda, se trata de un pequeño pueblo que alimenta su propio mito para alimentarse de él.

El caso de Lautaro Brujas, por ejemplo, es sorprendente (por no decir increíble). El chileno de ochenta años vive en una casa edificada enteramente con material reciclado: vidrios de botella, plástico, costales de arena, piedras, palos... Caminar por su casa es como atravesar una acogedora cueva hecha de materiales sacados de un gran botalero. “Esto es una escenografía”, dice el anciano rollizo cuya barba blanca le llega más abajo del pecho y que ha pasado más de sesenta años fuera de su natal Concepción.

“Trabajaba como profesor de artes, enseñaba producción de cine y colaboraba como guionista y escenógrafo en obras de teatro, televisión y radio.” Él asegura haber llegado a Vilcabamba, hace ya siete años, con el único objetivo de morir. La leucemia mediterránea y el síndrome

de mala absorción (incapacidad para asimilar el alimento) lo estaban matando a un ritmo acelerado. Lautaro enumera con cierto humor la larga secuencia de sus males (“Mamá —le dice a su mujer—, ¿de qué no más es que sufro yo?”): neumonía crónica, fibrosis, lupus, hipotiroidismo y poliomielitis además de dos espolones calcáreos en el talón izquierdo.

Lautaro tuvo que enfrentar una infancia muy dura pues fue ocultado por su familia y recién pudo salir a la luz pública cuando había cumplido los diez años. “Era un descrédito tener un hijo cojo, con parálisis, con polio... es como si sólo sirviera el que sirve para el ejército.” Con semejantes antecedentes decidió buscar un lugar tranquilo para pasar sus últimos días, pues vivía en Quito, una ciudad que ama a pesar del frío y la altura. “Lo primero de lo que me di cuenta apenas llegué a Vilcabamba es que era fácil respirar. El aire está impregnado de los minerales que existen aquí, del magnetismo singular de este lugar. Si de todas formas iba a morir, decidí dejar las inyecciones, las pastillas, los medicamentos. Ni siquiera cambié de dieta y, poco a poco, empecé a mejorar. Yo llegué en muletas, ya no podía caminar. En menos de un año estuve bien, ahora me ves caminar —claro, con cierta dificultad debido a mi condición— y estoy contento aunque vivo una vida muy pobre, terriblemente pobre.” Lautaro cuenta que vive con su esposa con más o menos de cien

dólares al mes, dinero que le envían desde Chile como una pensión de tercera edad que otorga el Estado. Al despedirse, Lautaro me cuenta, un tanto exaltado, que un equipo argentino del History Channel lo entrevistará la próxima semana.

Es domingo pasadas las once de la noche, es el último día del festival, las últimas horas dedicadas a la diosa femenina del agua creada con fines holístico-festivos. Aún hay personas que pasan frente a su escultura, una espigada pieza en madera de estilo africano que en el ritual inaugural recibió el agua traída por los asistentes desde sus distintos países, pero ya nadie se queda a mirarla. La música en vivo sigue sonando desde el escenario: una rubia que canta en inglés y hace percusión con recipientes de agua. Ya muchos llevan las camisetas celestes impresas con el emblema de Water Woman: la silueta de una mujer con alas, las manos recogidas y el cabello como si flotara hacia arriba. Hay una pareja que discute: él es un descendiente de indios norteamericanos —el encargado de la decoración de las carpas— y ella, una DJ mexicana. De la ilusión a la extenuación: se percibe el cansancio en los rostros y en cómo los artesanos guardan lentamente los collares, máscaras y pulseras que no pu-

dieron vender. Gopal (veintisiete años), hare krishna de Kazajistán que abandonó su carrera como ingeniero en telecomunicaciones, no puede disimular su hartazgo tras las grandes ollas de comida vegetariana —que se ofrecía gratis a los colaboradores del evento— y que debe acabar de limpiar. Su esposa Chandrika y su pequeña hija ya se han ido a dormir y un par de guardias del festival —dos colegiales de Vilcabamba— se ríen junto a él mientras toman una taza de café: “Ahora que está dormida ya puedes buscar alguna otra, hay unas gringas muy guapas” (risas).

Al siguiente día, a las nueve de la mañana, Juice Factory está cerrado, no se ve ni un gringo en el parque de Vilcabamba. Es el primer día de clases y esos dos jóvenes que ayer eran guardias de Water Woman lucen sus uniformes. No hubo clases, sólo una asamblea inaugural entre profesores y alumnos. Ambos llevan en la mano una botella de cerveza. Su plan es unirse a la milicia apenas acaben la secundaria y así poder irse de Vilcabamba.

Índice

La hora de la sardina	7
Hoja de vida de un mil oficios	10
Babel en ascensor	18
Jarabe contra el acoso	24
El agujero se llama Blues	30
Última noche de casino	33
PJ, el purgatorio	41
Los Tropicales del Caribe	47
Hervidero	65
Refracción púrpura	68
Apariciones nocturnas	74
Vilcabamba: agua milagrosa y psicodelia	78

Babel en ascensor y otras crónicas,
de Juan Manuel Granja,
editado por la Dirección de Literatura,
se terminó de imprimir el 5 de diciembre de 2012
en los talleres de Grupo Edición, S.A. de C.V.,
Xochicalco 619, Col. Vértiz Narvarte, Del. Benito Juárez,
03600, México, D.F.

Se tiraron 500 ejemplares en papel cultural de 90 gr.
Se utilizaron en la composición tipos Gandhi Sans,
de 8, 11 y 16 pts., y Bodoni, de 8, 9, 10.5 y 13 pts.
Impresión en offset.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Carmina Estrada, Mariana Hernández y Sol Aréchiga.

